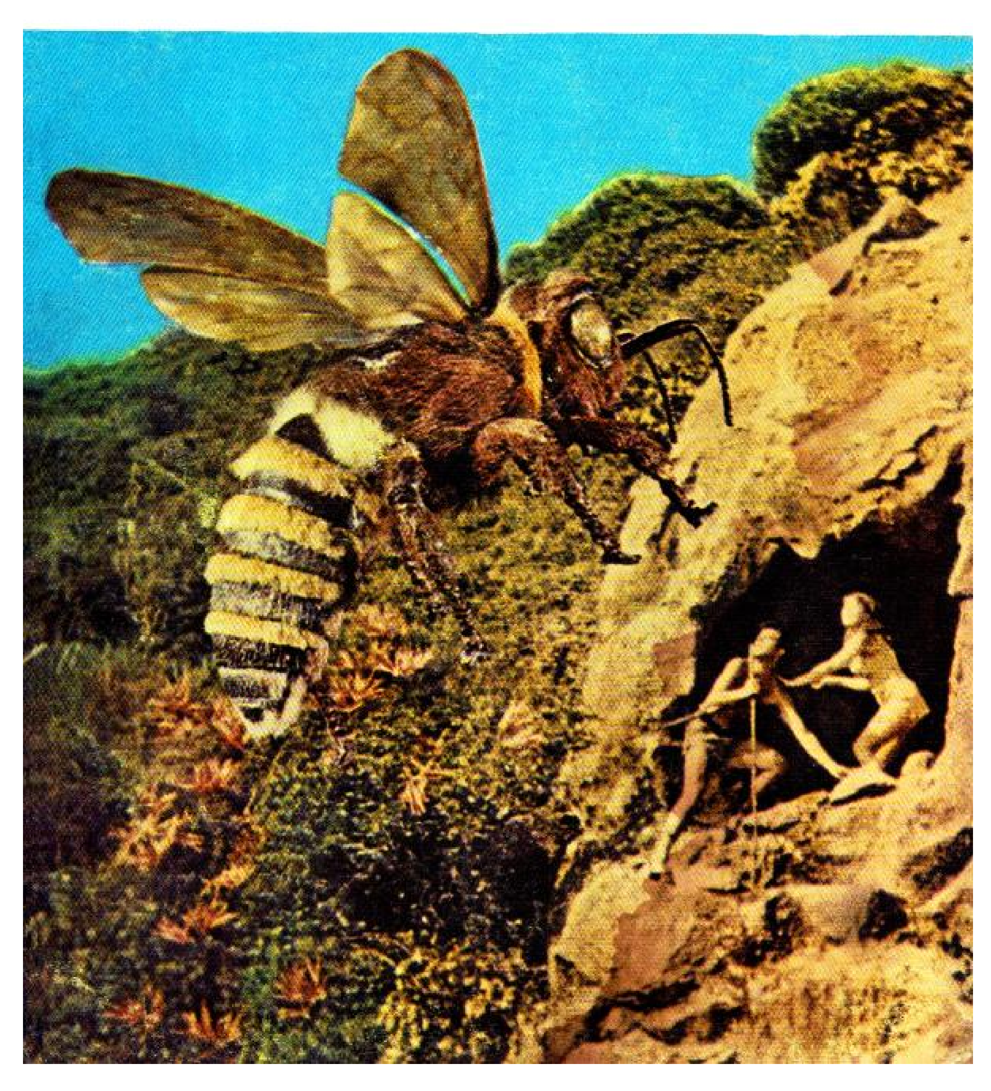
ESPACIO
El mundo FUTURO

law space

DIMENSIÓN PRETÉRITO



Law Space

Dimensión pretérito

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Portada: Escena de la película: «La isla misteriosa»

Depósito Legal: B - 28.481 - 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

I

EL HOMBRE DEL CIGARRILLO

Indudablemente, el conductor de aquel potente coche no se había percatado de la presencia del hombre del cigarrillo.

Este estaba apoyado en la pared, junto a la entrada de los grandes almacenes Sbonia, exactamente debajo del primer soportal plástico que formaba una especie de fenomenal visera ante la entrada del almacén.

A aquella hora —las seis de la tarde—, el Sbonia estaba ya cerrado y el hombre del cigarrillo, que no parecía prestar atención alguna a los apagados escaparates, debía de esperar sin duda a alguna muchacha, de dudosa reputación, que llegaría del cercano barrio de Godwno.

Lo cierto fue que, sin poder explicarse claramente los motivos que le impulsaban a ello, el hombre del cigarrillo aplastó la colilla contra el muro y se quedó mirando, con una atención creciente, la marcha del vehículo.

Desde luego, la formidable línea de aquel coche, dotado de un moderno motor de propulsión, cuyos plateados tubos se adivinaban por la parte trasera, era capaz de llamar la atención, ya no solo por la línea aerodinámica de su silueta, sino por el brillante azul eléctrico de su carrocería.

El maravilloso vehículo avanzaba lentamente por el centro de la hermosa avenida. Su velocidad no debía alcanzar los treinta kilómetros a la hora y aquello fue, precisamente, lo que con mayor violencia llamó la atención del hombre del cigarrillo.

El conductor del coche parecía buscar o esperar alguna cosa. La curiosidad se acrecentó en el hombre del cigarrillo y con una mirada ávida, recorrió la desierta avenida en busca de lo que debía

llamar la atención del chófer.

Fuera de un niño de corta edad, que visiblemente regresaba del colegio a su casa, la amplia avenida estaba completamente vacía, a excepción, naturalmente, del formidable coche y el hombre del cigarrillo.

El poderoso «auto» marchaba al ralentí y su motor, en funcionamiento, era absolutamente inaudible. Gracias a aquel avanzar silencioso, el hombre del cigarrillo pudo escuchar la vieja canción que iba silbando el colegial.

Unos diez metros antes de que el coche llegase a la altura del lugar en que se encontraba, el hombre del cigarrillo vio cómo el niño, después de lanzar una mirada distraída al vehículo, se disponía a cruzar la calzada.

El pequeño llevaba a la espalda una voluminosa cartera que debía ir repleta de libros y cuadernos. Su rostro, de una impresionante blancura en el que las pecas ponían un aire travieso, expresaba la alegría infantil de gozar de un buen rato de libertad durante el camino que conducía desde el colegio a su casa.

No debía de tener más de once años, y su paso, delimitado un tanto por las gruesas botas que llevaba, demostraba ya un cierto dominio de la personalidad. Además, por el modo en que iba vestido, pertenecía sin duda a alguna familia de artesanos de los que habitaban, en una cierta vecindad con las mujeres fáciles, el nuevo barrio de Godwno.

El niño había empezado a atravesar la calzada. Ahora, mucho mejor que antes, la tonada que iba silbando llegaba con una correcta precisión a los oídos del hombre del cigarrillo. El muchacho modulaba muy bien y sabía dar a la vulgar música de un desconocido compositor, un tono rítmico que no dejaba de tener su encanto.

Fue entonces cuando los acontecimientos se precipitaron a una velocidad vertiginosa.

El vehículo, en el momento en que el niño llevaba recorrida aproximadamente la mitad de la amplia avenida, salió despedido hacia adelante, impulsado por la instantánea aceleración de sus potentes motores. Mucho antes de que el hombre del cigarrillo pudiese hacer el menor gesto de reacción, el coche había pasado junto al niño, que emitió un grito de terror, girando después

velozmente, de forma que la parte posterior del coche golpeó al pequeño, dejándolo tendido sobre el asfalto.

Un estremecimiento de terror sacudió brutalmente al hombre del cigarrillo. Pero, contra toda lógica, una especie de potente inercia se apoderó de él, manteniéndolo como anclado en el lugar en que se encontraba.

El coche se alejó velozmente. Pero, cuando el invisible testigo se disponía a acudir apresuradamente en auxilio del pequeño atropellado, el potente ruido de los motores del coche le hizo retroceder de nuevo.

Ante la asombrada mirada del hombre del cigarrillo, el vehículo se detuvo junto a la criatura, que continuaba inmóvil en el suelo. Un hombre alto y de anchas espaldas descendió rápidamente del coche y, apoderándose del niño, lo depositó en el interior, donde otros brazos salieron al encuentro del cuerpo.

El hombre alto y fuerte miró cuidadosamente a su alrededor antes de volver a penetrar en el vehículo. Momentos más tarde, el coche partía por la dirección por donde había aparecido, penetrando en la primera calle de la izquierda.

* * *

El hombre del cigarrillo se llamaba Zukow.

Andrei Zukow no era ningún personaje importante en la nueva Rusia. Ni tampoco lo hubiera sido, un siglo antes, en el inmenso imperio moscovita que los *soviets* habían llegado a casi realizar.

Andrei Zukow era un pobre obrero de la construcción que vivía con cierta holgura y que, aquella tarde, tenía una cita con una muchacha de Godwno, por la que sentía una especial predilección.

En su alma, a pesar de las modificaciones que habían sufrido los rusos en su larga y movida historia, lo eslavo seguía pesando fuertemente, llenando el corazón de Andrei en un nostálgico sentimiento de dulzura, unido al sentimiento fatalista que nadie había logrado borrar, como nadie lograría hacer desaparecer la palabra «nitchevo»[1].

Desde el momento en que vio todo aquel raro y criminal manejo del conductor del automóvil, Zukow no pensó en otra cosa que en averiguar lo que había ocurrido dentro de sus posibilidades. Y como, para su suerte, el vehículo había girado en aquella bocacalle

que el ruso conocía perfectamente, por un callejón sin salida, se apresuró, a ponerse en camino, olvidando completamente su cita con la bella Ninotwa.

Atravesando la avenida, corrió hacia la esquina por la que había desaparecido el maravilloso coche. Un poco antes de llegar al final de la manzana, se detuvo, adoptó un paso normal, el de cualquier paseante, de forma que nadie, y menos que cualquier persona un observador avisado, pudiese conocer sus verdaderas intenciones.

Andrei conocía la existencia, en aquel callejón y hacia su segunda mitad, de una vieja taberna a la que había ido, esa era la verdad, un solo par de veces. Pero así como Zukow olvidaba fácilmente sus citas amorosas, jamás se había dado el caso de que se olvidase un lugar en el que se sirviese un «wodka» que quemase los labios.

Simulando una tranquilidad que, en realidad, estaba lejos de sentir, Andrei se dedicó a penetrar en el callejón y hasta inició una canción que silbaba estruendosamente para que todo el mundo que le viese u oyese, le tomase por uno de los borrachines que solían ir por allí para acabar su saturación de alcohol.

Pero, al escucharse a sí mismo, mientras silbaba, se percató de que estaba modulando la misma vieja tonada que silbaba el niño, antes de ser arrollado por el coche. Cesó inmediatamente de silbar, al tiempo que una especie de angustia le atenazaba, haciéndole sentir un terror próximo al pánico.

Apresuró el paso y no respiró a gusto hasta haber traspasado la puerta de la mugrienta taberna.

Pero antes, al fondo del callejón, había visto junto a una casona de piedra, el hermoso coche azul detenido.

* * *

Igor Boudarenko frenó en seco al acercarse a la casa del profesor.

No podía evitar una nerviosidad que, cada vez que tenía que hacer una de aquellas «salidas», iba paulatinamente en aumento. Hubiese dado todo lo que poseía para que el bestial Iván Ivanovicht, que iba con el niño en la parte posterior del coche, se hubiera mostrado más hábil en aquel repugnante trabajo.

Así era, al menos, como había establecido las condiciones de

colaboración con el profesor Komarow. Nunca hubiese aceptado trabajar con él si hubiese sabido la desagradable labor que se vería obligado a hacer, alternando con los trabajos del laboratorio.

Pero las dos veces que, por su insistencia, habían encargado el «trabajo» a Iván Ivanovicht, estuvieron muy cerca de ver sus planes por el suelo y la policía de ocupación tras ellos.

Por desgracia, las cosas habían ido demasiado lejos e Igor se había envenenado de la misma fe científica que su maestro. En realidad, los maravillosos trabajos de Komarow sobre la iniciación eléctrica de la vida, eran capaces de arrastrar hasta donde fuese la voluntad de cualquier hombre que, como Boudarenko, sintiera en su propia sangre una vocación científica investigadora, sin la cual no comprendía la finalidad de su existencia.

Por ello, por aquella infrenable afición que le atenazaba con una fuerza indomable, Igor había consentido en convertirse en una especié de bandido, cuya cabeza había puesto a precio, desde hacía tiempo, la policía de ocupación.

Eran ya muchas las personas que habían desaparecido misteriosamente de la ciudad y, sobre todo, los niños que, al salir de la escuela, no habían vuelto jamás a sus casas.

Porque, al principio, fue bastante fácil hacerse de borrachos y mendigos que nadie podía reclamar. Pero, cuando los medios miserables se pusieron en guardia, nada pudo hacerse ya y hubo de tenderse hacia otros sectores.

Entonces y en contra de las protestas de Igor, el profesor, inflexible en todo lo que se relacionaba con sus experimentos, le obligó a capturar inocentes criaturas.

Mientras introducía la parte posterior del vehículo en la estrecha puerta del recinto, Boudarenko sintió uno de aquellos escalofríos de terror que le sobrecogían cada vez con mayor intensidad. Volviendo el rostro para dirigir directamente el coche, había entrevisto el blanco rostro del niño que Iván Ivanovicht mantenía sujeto entre sus rodillas.

La estrechez de la casa que habitaba el profesor hacía imposible la existencia de un garaje para el coche y habían tenido que abrir una especie de abertura para poder descargar aquella extraña «mercancía» sin que nadie pudiese darse cuenta de los manejos que se realizaban en aquel solitario callejón.

Una vez que Iván hubo sacado al niño por la puerta trasera y desaparecía por la que se abría al fondo de aquella abertura, Igor sacó de nuevo el coche, lo colocó junto a la verja en la posición en que habitualmente lo dejaban. Luego, tras haber retirado las llaves del encendido y cerrado la puerta delantera, abrió la trasera para echar una detallada ojeada al interior.

El pequeño prisionero no había dejado huella alguna de su presencia. Tanto los cómodos sillones individuales como el tapizado del suelo estaban completamente limpios.

«Estoy tomando hábitos de bandido», pensó tristemente Boudarenko.

Atravesando la verja, después de cerrar el coche definitivamente, Igor cruzó un diminuto y raquítico jardín a cuyo término se levantaba un lúgubre caserón construido en piedra gris que contribuía, con las pizarras del tejado, a darle un aspecto realmente siniestro.

La puerta de la entrada de la casa estaba abierta y Boudarenko pensó que Iván debía de haberla abierto para que él entrase.

Un anticuado vestíbulo se extendía al otro lado de la entrada. El más burdo observador se hubiese percatado de que la persona que habitaba aquella mansión no concedía importancia alguna a los muebles ni a nada que sirviese de motivo decorativo. Se veía, al primer golpe de vista, que ninguna mano femenina se ocupaba de aquellos destartalados y antiguos muebles.

En realidad, era Iván quien se encargaba de algo parecido a la limpieza de la casa.

Igor atravesó el vestíbulo y, después de pasar una puerta-arco, penetró en un pasillo para dirigirse hacia las habitaciones posteriores del edificio. Una vez en la cocina, levantó tranquilamente una trampa, tirando de una argolla basculante, en un movimiento que no le costó el menor esfuerzo, descubriendo enseguida una escalera metálica por la que descendió acto seguido.

Así como la parte superior de la casa estaba casi totalmente abandonada, dando una dolorosa impresión de la desidia de sus habitantes, el sótano, donde el profesor Komarow tenía instalado su laboratorio de fisiología experimental, mostraba, por lo contrario, una riqueza de elementos de trabajo que armonizaba perfectamente con la limpieza exagerada del lugar que podía parangonarse,

fácilmente, con cualquier quirófano.

Pero, lo que más llamaba la atención, por encima de la gran cantidad de instrumentos y recipientes de vidrio que ocupaban innúmeras mesas, era un formidable aparato, de tremendas dimensiones y del que partían, como brazos de pulpo, una serie de cables, de grueso diámetro y forrados de negro, que acababan en unas sencillas agujas metálicas y brillantes.

Gracias a aquella maravilla, inventada por el propio Komarow, sus teorías de la realización de la vida por procedimientos «bioeléctricos» habían tomado carta de naturaleza en una realidad aplastante que estaba convirtiéndose, desde el punto de vista biológico, en una nueva y revolucionaria teoría de la vida.

Al penetrar Igor en el laboratorio, el profesor, que estaba ocupado en observar el cuerpo del niño raptado, se volvió hacia su ayudante con una expresión de viva cólera en el rostro.

—¡Lo habéis traído muerto! Parece mentira que mi ayudante haya olvidado lo importante que es trabajar sobre individuos cuya muerte no date de más de cinco minutos… ¡Sois un par de inútiles!

Boudarenko bajó la cabeza, prosiguiendo su avance hacia el lugar en que se encontraba el cuerpo del pequeño. Rápidamente, y conociendo perfectamente su papel, se apoderó de una navaja de afeitar, cortando el pelo del cadáver en la parte alta de la cabeza hasta dejar un amplio círculo de más de diez centímetros de diámetro.

Entretanto, el profesor preparaba la puesta en marcha del colosal aparato. Después de maniobrar haciendo que las numerosas agujas de otros tantos círculos graduados, llegasen a una altura convenida, oprimió un botón rojo sobre el cuadro de mandos y un rumor apagado le hizo saber que el aparato había empezado a funcionar.

Alexis Komarow era un hombre alto, huesudo, de una delgadez exagerada, lo que hacía que su enorme cabeza pareciese estar en peligro constante de caer hacia uno u otro lado del cuerpo. Bajo su amplia y abombada frente, sus pequeños ojos azules, detrás de los espesos lentes, brillaban con una luz de una intensidad que demostraba la acción poderosa de su pensamiento.

Ayudado por el gigantesco Iván, Boudarenko empujaba la cama de observación, dotada de ruedas, hasta la proximidad del aparato.

Cuando, finalmente, el cadáver del niño estuvo bajo aquella enorme especie de campana, de la que brotaban los largos brazos de los cables, el profesor clavó una de las largas agujas en el cráneo del pequeño.

La intensidad del motor del aparato fue aumentando en un «crescendo» paulatino. Al mismo tiempo, el cuerpo del niño fue tomando un color rojizo, cuya intensidad era mayor en la cabeza que en el resto del organismo.

Por último, el «cadáver» abrió los ojos. Una exclamación ahogada de triunfo brotó de los delgados labios del profesor. En cuanto a su ayudante, miraba, con los ojos muy abiertos, el rostro del niño que parecía animarse con una nueva vida.

—¡Lo hemos logrado otra vez, profesor! —exclamó, mirando a Komarow.

Pero el rostro de este expresaba una tremenda desilusión. Igor, siguiendo la mirada del profesor, clavó sus ojos en el rostro del niño, que había vuelto a cerrar los ojos, al tiempo que el color de su piel volvía a tomar el tono cerúleo de la muerte…

—He fracasado de nuevo —rugió el sabio—. Todo lo que he conseguido con animales no lo he logrado jamás con seres humanos —había cerrado los puños con fuerza—. ¡Pero he de conseguirlo, cueste lo que cueste!

II

LA SENTENCIA

Nunca podría explicarse el bueno de Andrei Zukow cómo pudo lanzarse a aquella loca y peligrosa aventura. Lo cierto fue que después de tomar unos cuantos vasos de «wodka», se decidió a salir de la taberna para poder enterarse lo que había ocurrido al pequeño escolar tan criminalmente atropellado ante sus ojos.

Había dado dos vueltas completas a la misma mansión, ante cuya entrada se encontraba el lujoso y moderno vehículo. Luego, con un poco de suerte, halló un paso en la verja, por un lugar en el que la usura del tiempo había destrozado parte de los barrotes, en la parte en que estos se unían a los tubos de cemento que los sustentaban.

Venciendo el terror que le paralizaba las piernas, el hombre del cigarrillo se adentró decididamente por la parte posterior de la casa, y, tras atravesar el diminuto y raquítico jardín, copia exacta del que había visto ante la fachada, se acercó al muro, pegándose a él espasmódicamente, mientras los latidos del corazón le golpeaban las sienes como fuertes martillazos.

Se mantuvo inmóvil, en la forzosa posición que había adoptado, durante un largo rato. Por mucho que lo intentase, sus piernas se negaban rotundamente a hacer el menor movimiento. Así, temblando de miedo, pasó mucho tiempo hasta que la luz del anochecer fue cubriendo de sombras los alrededores.

Entonces, cuando la oscuridad cubrió totalmente el edificio, Andrei pudo ver una luz que brotaba de una ventana rayana al suelo y que, sin duda alguna, debía de comunicar con el sótano de la casa.

Avanzando prudentemente, Zukow llegó junto a la ventana y,

tras tenderse en el suelo, fue asomando el rostro con todo cuidado.

Llegó exactamente en el preciso instante en que el profesor introducía la larga aguja metálica en el interior del cráneo del niño. Un estremecimiento de horror le cubrió el cuerpo. Luego, haciendo un poderoso esfuerzo para no desvanecerse, con los ojos desorbitados, prosiguió su observación.

Le parecía mentira lo que estaba viendo. Pero a medida que fue reaccionando, y al mismo tiempo tomando contacto con la realidad, una rabia intensa se apoderó de él.

¡Aquello, fuese motivado por lo que fuese, no era más que un crimen! Un horrible asesinato que se estaba haciendo a espaldas de la ley y que no podía consentirse en modo alguno.

Las palabras amenazadoras del profesor llegaron hasta él. Entonces, sintiendo la imperiosa llamada de un deber que debía cumplir inmediatamente, Andrei volvió a recorrer el camino que le había llevado hasta allí, y olvidando —por vez primera en su vida— la existencia de la taberna, prosiguió su camino hasta llegar a la amplia avenida en la que había dado comienzo aquel horrible y espantoso asunto.

Sin dejar de correr, avanzó hacia la parte céntrica de la avenida, hacia la plaza Gunoff, en la que sabía encontraría una parada de taxis, en la parte baja de la estación de helicópteros para viajes largos.

Veinte minutos después, el vehículo que había alquilado le dejaba a la entrada del local de la Policía Europea de Ocupación, muy cerca de lo que había sido, casi un centenar de años antes, la Plaza Roja.

Después de presentar su documentación a uno de los soldados que hacían la guardia en la puerta, atravesó el inmenso vestíbulo, siendo conducido por un nuevo soldado hasta el despacho del mayor Kampler, encargado de los asuntos policíacos de Moscú.

—¿Qué desea? —inquirió Kampler, después de haberle instado a que tomase asiento.

Andrei, visiblemente emocionado, relató de una manera descosida todo lo que había visto desde el momento que estaba junto a los almacenes Sbonia. Mientras hablaba sentía el suave zumbido de la cinta magnetofónica que iba registrando su declaración.

A medida que se adentraba en su relato, las facciones del policía se endurecían progresivamente. Una arruga profunda frunció su entrecejo, que se había enarcado en el momento en que Zukow se adentró en la descripción de las experiencias que se habían hecho con el niño.

Kampler se puso en pie, visiblemente nervioso. Andrei le imitó.

—¿Tendría inconveniente en acompañarnos? —preguntó el policía.

Zukow movió la cabeza negativamente antes de encontrar las palabras que deseaba decir.

—Con mucho gusto, señor —repuso balbuceando.

Seis helicópteros de la Policía Europea de Ocupación surcaron la noche negra de Moscú hacia los lejanos suburbios en los que estaba enclavada la mansión del profesor.

La operación de captura fue tremendamente sencilla. El sabio y sus dos ayudantes fueron sorprendidos en el preciso instante en que trabajaban en la autopsia del pequeño.

* * *

Moscú, en aquel año de 2081, había perdido hacía tiempo, de una manera casi completa, la fisonomía que se le recordaba en el siglo precedente. La destrucción casi total que había sufrido en el último conflicto armado, había modificado completamente su aspecto que la destrucción acelerada que siguió a la contienda, convirtió en algo mucho más «europeo» de lo que jamás había sido.

La nueva edificación ocupaba lo que antes había sido el «cogollo» clásico de la ciudad moscovita. Amplias avenidas y enormes edificios, prestaban un «aire» un tanto americano a aquella ciudad, que había ofrecido al mundo una parcial visión de su tremendo misterio. Ahora cuando sobre las ruinas del Kremlin se levantaban las altas estructuras del Hospital Victory.

En el palacio de Justicia, la expectación era descomunal. Desde el día anterior, inmensas colas de público se habían formado para contemplar la última sesión del proceso sumarísimo que se llevaba contra el profesor Komarow y sus dos cómplices.

Nadie dudaba de que el fiscal solicitaría la pena de muerte para aquellos hombres que, olvidando lo más esencial de un sentimiento de humanidad, habían violado toda clase de reglas morales,

haciéndose acreedores del odio popular, de cuyas garras se habían salvado gracias a la fuerte protección armada de que estaban rodeados día y noche.

Cuando las grandes puertas fueron abiertas, una alocada multitud se precipitó, a toda velocidad, por los grandes pasillos del edificio para obtener los mejores puestos en las tribunas públicas. Luego, algo después, los vehículos oficiales empezaron a detenerse junto a la entrada principal, y la parte baja del descomunal salón de actos se llenó también de personalidades de todo género.

Durante más de una hora, antes de comenzar la vista, el gentío rugió sordamente su impaciencia. Luego, cuando el tribunal entró, seguido de los acusados, el rugido adquirió proporciones de tormenta, que tardó en calmarse mucho tiempo, a pesar de las sirenas electrónicas que lo reclamaban sin cesar.

El fiscal general habló durante veinte largos minutos. En cada una de sus palabras iba el acento de la expresión colérica que habían provocado las criminales experiencias del profesor. La sangre bullía en las venas de los que le escuchaban, y los puños amenazadores se tendían desde las tribunas públicas, manifestando abiertamente lo que se esperaba del tribunal.

Andrei Zukow, cuyo rostro se había hecho popular a través de las emisoras de televisión y que gozaba de la simpatía de todo el mundo civilizado, estuvo obligado a repetir su clamorosa hazaña. Luego, después de que el presidente logró acallar la ovación que se prodigó al único testigo, la palabra fue concedida a Komarow.

El profesor parecía mucho más delgado. La palidez de su rostro era extrema y sus facciones parecían sufrir un tic que le obligaba a guiñar los ojos con gran frecuencia.

Alexis hubo de esperar a que los ánimos se tranquilizasen, ya que, desde el momento en que se puso en pie, el escándalo de las tribunas superiores adquirió dimensiones de batalla campal. Los soldados se vieron obligados a expulsar a varias docenas de los más vehementes, logrando, tras sobrehumanos esfuerzos, imponer el silencio que el presidente reclamaba con insistencia.

Todas las miradas se concentraron en la delgada cara del acusado principal. Komarow parecía cansado y sus ojos se clavaron, desde el primer instante, en el rostro del presidente del tribunal.

—Señores —empezó a decir—, ya saben todos que me he

negado a admitir una defensa que solo me competía a mí realizar. En realidad y por absurdo que parezca, la Ciencia debe defenderse por sí misma; es decir, la Ciencia no debe necesitar defensa alguna. Pero, a lo largo de la Historia, el avance científico ha sufrido siempre la incomprensión de sus coetáneos. Los descubrimientos del movimiento de la tierra, la circulación de la sangre y otras muchas cosas, causaron la pérdida de los que las descubrieron. Yo, hoy, estoy dispuesto a morir por mis ideas, como murieron otros en las llamas de la hoguera para defender las suyas. Pero, pase lo que pase, nadie podrá detener la marcha del pensamiento humano y la Ciencia se abrirá paso a través de cuantos obstáculos y cortapisas se le opongan.

El griterío fue fenomenal. Finalmente, el presidente, al ponerse en pie, logró un silencio en el que la curiosidad por conocer su opinión formó la mayor parte.

—Acabamos de oír las palabras del acusado. Encerrado en su ciega fe por lo que él llama Ciencia, ha olvidado, desgraciadamente, muchas cosas. La vida de los seres humanos que ha empleado en sus demoníacas experiencias, claman desde lo hondo de su sufrimiento, por una justicia que no se debe engañar por las promesas de una ciencia asesina. El acusado olvida lo sagrado que es una vida humana y que nada ni nadie puede disponer de ella para llevar a cabo un trabajo de la índole que sea. Solo cuando la Humanidad se encuentra ante una realidad histórica importante, la muerte de los seres humanos, que luchan por un mundo mejor, puede justificarse por el carácter voluntario de la empresa que se han propuesto… Yo, como presidente de este tribunal, solicito, de una manera extraordinaria, la pena capital para quienes, olvidando sus más elementales deberes de ciudadanos, se han creído en potestad para servirse de la vida de sus semejantes.

Contrariamente a lo que se esperaba, un silencio impresionante corroboró la excepcional petición de un presidente del tribunal.

Se rogó al jurado que se retirase a deliberar. Durante los diez largos minutos que tardó en reaparecer, el silencio fue, más que completo, absoluto.

Finalmente, el más destacado de los miembros del jurado entregó la determinación deliberada al presidente.

¡Culpable en grado máximo!

—Este tribunal de Moscú condena a los acusados Alexis Komarow, Igor Boudarenko e Iván Ivanovicht, a la pena de muerte. Los acusados serán ahorcados en el patio de la prisión de Slatosnaia dentro de las veinticuatro horas.

III

MISTERIO

Anna Stamonova descendió del avión que acababa de traerla de los Estados Unidos. El inmenso y moderno «Air-Port» de Moscú bullía incesantemente en un aterrizar y despegar de aparatos sin descanso. Las enormes pistas eran recorridas por los vertiginosos vehículos que trasladaban a los pasajeros hasta los edificios por los que se salía de allí.

Anna Stamonova esperó al segundo vehículo, habiendo podido fácilmente tomar asiento en el primero. Se quedó, pues, como los demás pasajeros, junto al enorme «Strato-Reactor», del que los empleados habían empezado a descargar los equipajes y las mercancías.

La muchacha, con todo disimulo, volvió a mirar hacia el lugar, cuyo interés le había hecho no montar en el primer vehículo. Aquel lugar estaba precisamente ocupado por un hombre alto, de cabellos rubios cortados muy cortos y de ojos azules, él todo encuadrado dentro de un uniforme gris de la aviación de los Estados Unidos de América.

Anna Stamonova conocía una porción de detalles sobre aquel hombre. Sabía su nombre: Richard Palmer; su edad: treinta y ocho años; su graduación: general de aviación; su destino: jefe de la Región Aérea de lo que había sido la URSS y que ahora se denominaba Osteuropa; su estatura: un metro ochenta y ocho centímetros; su peso: ochenta y dos kilos, y, sobre todo y de una manera completamente documentada, su estado: soltero.

Anna Stamonova había nacido en la Circasia y era, dentro del tipo de las mujeres europeas, un ejemplo de belleza clásica que no necesitaba afeite alguno para hacer que los varones se volviesen a

su paso.

Sus cabellos, que caían sobre el pecho en una sola y espesa trenza, eran de un negro tan intenso que, a veces, cuando el sol les daba directamente, parecían despedir reflejos azulados. Aquella mata de pelo negro circundaba un rostro cuya piel era blanca, en un hermoso contraste con la cabellera y donde los ojos negros, la nariz y los labios, no hacían más que acrecentar una hermosura que, como la suya, pertenecía a los cánones milenarios de la belleza caucásica.

El joven general comenzó a sentirse intranquilo y nervioso. Dos veces consecutivas, sus ojos habían tropezado con la mirada profunda de la muchacha y, aunque esta había rehuido la mirada enseguida, Richard presintió que había caído en la órbita de la curiosidad de aquella joven, lo que significaba una cierta mala suerte, ya que él, como ella, conocía la profesión de Anna y no le era agradable caer entre las manos de una periodista, y menos de una curiosidad tan ávida como la que gozaba la señorita Stamonova.

En realidad, nada importante llevaba Richard a Moscú. La labor de observación y control de núcleos humanos en los vastos espacios siberianos, hasta el nuevo estado de Manchuria, no contenía ningún elemento sensacional que sirviese de pasto al hambre de noticias que pudiese sentir cualquier periodista. Palmer regresaba de los States, donde había pasado unos días en compañía de sus padres, bastante más divertido que los que se disponía a pasar en su oficina de Moscú.

A la llegada del segundo y último vehículo, Palmer hizo lo imposible para lograr un asiento que le mantuviese a una respetable distancia de la periodista. Pero, si contaba con su habilidad estratégica para ello, sufrió una de las más amargas decepciones de su vida, al comprobar que, a pesar de su velocidad por escurrirse por entre los viajeros, Anna Stamonova, sin saber cómo, estaba precisamente a su lado.

Ella le miró con unos ojos en los que se leía un cierto enfado por haber intentado escapársele. Él, atado a aquella divertida mirada sonrió, dando, sin percatarse, la ocasión que la joven esperaba.

—¿Es usted el general Palmer?

«¡Como si no lo supiese!» —pensó Richard. Luego, sin dejar de

sonreír, pero con un acento áspero y desconfiado, añadió:

—¿Con quién tengo el honor…?

«¡Como si no lo supiese!» —pensó ella. El rostro de Anna era conocido mundialmente y su imagen se había visto reproducida miles de veces en las pantallas de todos los televisores del globo.

—Soy Ana Stamonova —repuso—. Corresponsal en Osteuropa del World-Magazine de Nueva York, general —y sin dejar intervenir al hombre, añadió—: Le he conocido enseguida y solo deseaba que me concediese, dentro de unos días pasar por el Air Center Control, que usted manda, para hacer un pequeño reportaje. Las gentes de los Estados Unidos se interesan siempre por saber cómo trabajan y viven los muchachos que están aquí.

Él, pacientemente, dejó que ella terminase. En realidad, la joven poseía una voz armónica de un tono sinceramente agradable. Además, al expresarse en inglés, daba a dicha lengua un nuevo sabor que Palmer, personalmente, no se hubiese cansado de oír.

—Tendré mucho gusto en recibirla uno de estos días, señorita… ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Anna se mordió los labios. Estaba segura de que el tono y la intención de aquellas palabras encerraban un claro propósito de burla. Era algo así como la venganza de haberse visto asaltado por la periodista, a pesar de haber corrido para sentarse lejos de ella.

La llegada a uno de los edificios, en los que acababa el viaje colectivo impidió a Palmer oír la totalidad de las palabras que formaban la cruda respuesta de ella.

Con un saludo, se despidió, para dirigirse rápidamente hacia el maravilloso coche oficial que le esperaba…

Por su parte, Anna requirió la presencia de un taxi y sin ganas de presentarse en la sucursal del «World-Magazine» aquella misma tarde, se dirigió al hotel en el que se hospedaba, dispuesta a descansar unas horas, antes de volver a lanzarse a su trabajo.

Después de haberse quitado el vestido de viaje, se puso una simple bata rusa y antes de dejarse caer en una «chaise-longue», encendió el aparato de televisión. Hacía tres semanas que había salido de Moscú y, salvo el asunto del profesor Komarow, que había conocido en los Estados Unidos, por una de las cadenas televisoras, así como el proceso, no sabía nada de lo que pasaba en la ciudad.

Tras oír algunas notas melódicas y dos canciones modernas en la

voz de Traneswisky, cortóse la sección musical, dando paso al locutor.

—«Las autoridades siguen rogando insistentemente a todos los ciudadanos que aquel o aquellos que tengan la menor pista del profesor Komarow, lo comuniquen urgentemente a este Gobierno Militar…»

La música volvió. Pero Anna, de un poderoso salto, había abandonado su cómodo sillón, apagando la televisión y pulsando la palanca del inter-phono.

—¿Dígame? —sonó la voz del empleado de la recepción.

—Haga el favor de hacer que me suban a mi habitación toda la prensa que encuentren de esta última semana. Gracias.

Se paseó impacientemente hasta que un botones le entregó un voluminoso paquete de periódicos y revistas.

Ansiosamente, se lanzó a la lectura de todo aquello. Pero no tuvo que cansarse mucho. Los grandes titulares eran lo suficientemente explícitos para ahorrar la lectura de las largas columnas abarrotadas de pormenores.

Lo que había ocurrido estaba allí…

«Esta mañana, cuando las autoridades de la prisión de Slatosnaia se disponían a aplicar la sentencia a los encartados del asunto Komarow; por prácticas criminales sobre seres humanos, la sorpresa de lo que presenciaron no tuvo límites: El profesor Alexis Komarow había desaparecido de su celda, su ayudante: Igor Boudarenko se había ahorcado en la suya. La pena capital no pudo ser aplicada, por lo tanto, más que en la persona de Iván Ivanovicht».

* * *

Si las autoridades de la prisión moscovita de Slatosnaia se sorprendieron al descubrir la desaparición del profesor, este fue, con más motivo todavía, el más sorprendido de todos.

Jamás pudo explicarse lo que ocurrió.

Sus últimos recuerdos databan de la hora de la cena. La última cena en la que le había sido servido todo lo que solicitó. En realidad, el profesor no hizo mucho caso de los numerosos platos que ocupaban la mesa. Preocupado por los últimos instantes de su vida y temiendo que su naturaleza humana flaquease en el último momento, agradeció que junto a la profusión de manjares, hubiesen

colocado una hermosa botella de «wodka», de la que abusó para calmar los nervios.

Cuando se despertó, al encontrarse en una cama elegante y cómoda, y recorrer, con asombro todo lo que le rodeaba, creyó al principio que se trataba de una pesadilla.

La entrada de dos hombres, uno de los cuales era tremendamente grueso, le sacó de su extraño ensimismamiento.

—Buenos días, profesor —saludó el obeso dejándose caer pesadamente sobre uno de los sillones.

El otro, alto, delgado y de características fisionómicas orientales, permaneció de pie y sin decir una sola palabra.

—¿Dónde estoy? —preguntó Alexis.

El grueso dejó escapar una risita breve antes de contestar.

—Su curiosidad es normal; pero, créame que su pregunta, por el momento, debe quedar sin respuesta. Después de todo, lo interesante para usted es saberse vivo y en perfecto estado de salud.

Komarow guardó silencio durante unos segundos. Luego:

—Podría saber, al menos, ¿qué ha sido de mis compañeros de… infortunio?

—Eso es ya del dominio público. Igor Boudarenko se suicidio en su celda la noche antes de la ejecución. Iván Ivanovicht fue ahorcado…

—¿Cómo consiguieron sacarme de la prisión?

—Fue muy fácil. Naturalmente, no puedo darle los nombres de las personas que facilitaron el trabajo. En cuanto a lo que usted respecta, una buena dosis de narcótico en el «wodka», le dejó completamente «imparcial» ante los acontecimientos. Comprenderá fácilmente que no podíamos preguntarle en aquellos momentos una opinión que, lo más seguro, nos hubiera sido adversa.

Alexis se iba adentrando un tanto en todo aquel misterio. Hasta el momento, comprendía solamente que aquella gente le había sacado de la prisión, evitando que fuese ahorcado…

—¿Para qué?

Era la pregunta que ardía en los labios del fisiólogo. Pero, temiendo no lograr una respuesta, se aclimató a esperar que los acontecimientos le contestaran.

Sin embargo, y para su sorpresa, el hombre grueso pareció haber leído sus pensamientos.

—Si lo que desea es conocer los motivos de todo esto, profesor, puedo satisfacer inmediatamente su curiosidad, de una manera particular —carraspeó sonoramente antes de proseguir—. Le hemos salvado la vida porque le necesitamos.

—¿Me necesitan…? ¿Quiénes?

—Eso es lo que menos importa. Debe empezar a pensar, profesor, que si hemos evitado que muera en la horca, ha sido, como he dicho anteriormente, porque le necesitamos. Sin embargo, nosotros tenemos solo una vaga idea de sus trabajos, ya que no somos científicos ni estamos preparados para ello —hizo una pausa —. Lo que sabemos de sus trabajos científicos es muy poco, pero creo que es lo fundamental… Que usted trabaja para devolver la vida a los muertos… Además y por las declaraciones de ese imbécil de Andrei Zukow, hemos sabido que, por el momento, había fracasado usted en lo que se refiere a los seres humanos. Pues bien, no nos importa, en absoluto, su fracaso en los seres humanos.

Alexis estaba realizando su poderoso esfuerzo mental para intentar ahondar en los desconocidos propósitos de su interlocutor. Pero, por mucho que torturó su cerebro, no llegó ni siquiera a vislumbrar las intenciones misteriosas de aquellos que le habían salvado la vida.

—Dentro de unas horas —prosiguió diciendo el hombre obeso— saldremos rumbo al lugar en que deseamos amplié su trabajo. Usted, mejor que nosotros, podrá ver si lo que deseamos hacer es posible… aunque personalmente creo que sí. Una vez que haya usted visto lo que deseamos y si se compromete a trabajar con nosotros, le procuraremos todo el material de laboratorio que necesite. Ningún gasto será escatimado y todos sus deseos se convertirán en órdenes que se cumplirán inexorablemente. Además, tendrá a sus órdenes cuantos ayudantes necesite…

Komarow no pudo resistirse a dejar una pregunta fundamental que le quemaba los labios.

—¿Y si me negase?

—Me alegra que me haga esa pregunta. Todo está previsto. Si se niega intentaremos por todos los medios a nuestro alcance «convencerle». En caso negativo, cosa que me atrevo a dudar, una estúpida muerte, animada de torturas refinadas, no sería, casi estoy seguro, de su agrado, profesor…

Hubo un silencio que pesó como una losa sobre el ambiente.

—Por el contrario —siguió diciendo el hombre grueso—, si acepta trabajar con nosotros, le garantizamos lo que desee y cuando todo termine, poseerá cuantos seres humanos necesite para conseguir sus experiencias. En cuanto al dinero, usted puede formular la cantidad, sin límite necesario.

Alexis, se mordió los labios. El poder proseguir sus trabajos era tan importante que valía la pena trabajar para aquellas gentes. Después de todo, hacía tiempo debía haber colgado al extremo de una cuerda…

—Está bien —dijo con tono decidido—. Desde este momento y bajo mi palabra de honor, acepto el trabajo que me encargan, sea el que sea —hizo una pausa—. Solamente deseaba solicitar un favor, digamos… por adelantado.

—Sus peticiones serán órdenes para nosotros, profesor.

Komarow dudó unos instantes antes de hablar.

—Quisiera —dijo al fin— que se castigue como merece a ese Andrei Zukow. Su traición a la Ciencia no tiene perdón posible.

El hombre gordo se había levantado penosamente del sillón. Una sonrisa cruel había entreabierto sus labios dejando ver una doble hilera de dientes puntiagudos como los de un carnicero.

—Puede considerarle como muerto… —fue su lacónica respuesta.

IV

LA FAUNA DEL PASADO DUERME

Un poderoso «Strato-Reactor» pintado totalmente de gris y sin marca especial alguna ni en el fuselaje ni en las alas en forma de «delta», abandonó un terreno particular y no inscrito legalmente, en una noche en la que la niebla parecía contribuir a lo misterioso de todo aquello.

Ascendiendo verticalmente a una velocidad asombrosa, para escapar a las redes del radar gubernamental, el aparato alcanzó, en breves minutos, una altura suficiente para pasar inadvertido a cualquier otro aparato que volase casualmente por aquellas regiones.

Luego, aumentando aún más la velocidad, hasta que la estructura metálica vibró tan intensamente que parecía ir a estallar de un momento a otro, tomó rumbo noroeste, dirigiéndose hacia las inmensas llanuras heladas de Siberia.

Cuando, al final de un vuelo que no duró mucho más de una hora, el avión descendió para aterrizar, después de atravesar como una plateada flecha la espesa capa de nubes que cubría la Tierra, la soledad que se ofreció a los ojos del piloto entraba en el alma como algo que perteneciese a un lejano universo que no tuviese nada de común con el nuestro.

Tras realizar una hábil maniobra, el aparato descendió definitivamente, al tiempo que un nuevo tren de aterrizaje, esta vez con «skys» brotaba de la parte anterior del avión. Deslizándose velozmente sobre la nieve helada, el «Strato-Reactor» se detuvo, finalmente, ante una miserable «isba», completamente destruida y, por ende, abandonada desde hacía mucho tiempo.

Aquello parecía carecer de toda lógica y más que a nadie, se lo

parecía al propio profesor que, a través de una de las ventanillas, observaba la desolación que reinaba por doquier.

Una vez detenido el avión, después de rodar sobre la tierra helada, junto aquella especie de abandonada cabaña, el hombre obeso, que acompañaba al profesor, se volvió hacia este.

—Ya hemos llegado. Le ruego que se apresure. El avión ha de partir enseguida de aquí.

Alexis obedeció y, cerrando hasta arriba la costura magnética de su abrigo de pieles, siguió a su acompañante. Nada más descender por la escala tendida desde el aparato, se percató de la tremenda soledad que allí reinaba.

La temperatura era excesivamente baja y un triste y lejano sol luchaba vanamente por perforar la capa de neblina que se extendía sobre la blancura…

El hombre obeso hizo un gesto de saludo a los pilotos y, momentos más tarde, el aparato se deslizaba velozmente hasta que, perdiendo contacto con el suelo, ascendió rápidamente en el espacio, hasta desaparecer tras la capa de neblina.

—Ya es hora de que me presente, profesor. Me llamo Hugo Resnikow. Ahora, vamos a terminar nuestro camino.

Entró en la destartalada «isba», seguido por Alexis que no llegaba aún a comprender lo que iban a hacer en aquellos desolados parajes. Pero pronto salió de dudas.

Después de atravesar dos pequeñas estancias, cuyo techo faltaba por completo, Resnikow pasó a una tercera, completamente vacía, pero cubierta por arriba. Una capa de paja cubría el suelo de aquella habitación.

Sin hacer comentario alguno, Hugo separó rápidamente la paja, descubriendo, ante los asombrados ojos del otro, una trampilla de la que tiró con fuerza hacia arriba. Al hacerlo, descubrió una escalera metálica de aspecto completamente nuevo.

—Pase usted primero, Komarow. Yo cerraré detrás de nosotros.

El profesor obedeció, empezando a descender por la escalera. Inopinadamente, la tenue claridad que llegaba por la trampilla desapareció al cerrarse esta, envolviendo al sabio en una completa oscuridad.

Involuntariamente, el profesor se detuvo.

—Siga bajando sin miedo, amigo —oyó decir a su acompañante

—. Una vez que hayamos llegado al final, tendremos toda la luz que deseemos.

Así ocurrió, en efecto. En el preciso instante en que, después de abandonar los últimos tramos, los pies de Alexis tocaban una superficie amplia y dura, una luz fluorescente le hizo, momentáneamente, cerrar los ojos.

Al abrirlos, hubo de hacer un esfuerzo para retener una exclamación de sorpresa. Se encontraba en una extensísima estancia, de paredes metálicas y perforadas por una serie de orificios por los que penetraba la luz, mientras que por otros, se oía la marcha de una corriente de aire caliente.

Hugo Resnikow estaba a su lado.

—Le gusta, ¿eh? Todo esto, sin embargo, no tiene la menor importancia. Como habrá visto, nada más posar el pie en el suelo, la iluminación se produce automáticamente. Venga usted por aquí, por favor.

Atravesaron aquella enorme cámara y, después de abrir una puerta situada en el fondo, Alexis no pudo evitar, esta vez, una exclamación de asombro que la vez anterior había logrado dominar.

Ante él y profusamente iluminado, se extendía un túnel cuya longitud no podía ni remotamente presentar. Allá, al fondo, la luz seguía impresionando sus retinas, demostrándole una distancia de varias millas. Lo que le llamó la atención desde el principio, fue que el túnel descendía, en una rápida pendiente hacia abajo.

Pero, no solamente aquella maravillosa galería requirió poderosamente su atención. Lo que más le asombró fue el extraño vehículo que tenía a su lado y cuyo brillo metálico le llegaba a cegar.

Aquel largo y desconocido aparato tenía la forma de un cigarro puro. Su diámetro debía de alcanzar cerca de los dos metros y tenía, al menos, diez de largo. Una portezuela ovalada se abría en uno de sus costados y toda su parte delantera parecía estar hecha de una materia transparente, ya que, desde el exterior, podían verse claramente los asientos y el volante situados en su proa.

—Gracias a aparatos como este —explicó Resnikow— ha sido posible perforar y construir estas galerías. Desde hace cerca de cincuenta años, estamos preparando todo esto y miles de camaradas han dejado su vida en las entrañas de esta tierra.

—¿Entrañas heladas? —inquirió el profesor sin llegar a comprender exactamente la significación de aquella expresión—. ¿Dónde estamos entonces?

Una sonrisa apareció en los labios del otro.

—No sé si podrá creerme, pero nos encontramos en la costa Norte de Siberia, en el interior de un mar helado desde hace miles de millones de años. De otra manera y en el resto del continente, debajo de la capa de hielo, encontraríamos simplemente tierra.

—¿Han podido sondar la profundidad total del hielo? —inquirió Alexis, cada vez más interesado.

—Sí, profesor. Hace muy poco tiempo, uno de nuestros vehículos tropezó con el mar a unos dos kilómetros de profundidad. Fue por la parte más septentrional, y ello nos demostró que el agua está realizando, desde hace siglos, una labor de erosión que llegaría, con el tiempo, a arruinar nuestro proyecto —sonrió de nuevo—. Afortunadamente, le hemos encontrado antes de que tal catástrofe se produjese…

Komarow se torturaba las meninges intentando vanamente descubrir los propósitos que le habían conducido allí. Sinceramente y para su coleto, hasta el momento estaba agradablemente impresionado por todo lo que había visto. En un principio, había creído estar atado a una banda de malhechores que deseaban emplear su ciencia para un bajo fin de venganza personal. Pero, a medida que iba conociendo el poder de aquellos desconocidos, se mostraba íntimamente satisfecho al comprobar que estaba en relación con un grupo de técnicos formidables que, indudablemente, sabían lo que querían.

—Haga el favor de subir al «Perforator», profesor. Se acerca el momento de que sepa usted lo que deseamos de su ciencia.

El interior del aparato estaba dotado de todas las comodidades concebibles. Incluso la temperatura agradable de la galería estaba mucho mejor controlada que en aquella, proporcionando un bienestar indudable.

Alexis obedeció y apenas había terminado de cerrar sus correas, cuando su cuerpo se sintió impelido brutalmente hacia atrás. El «Perforator» se deslizaba por la amplia galería a una velocidad vertiginosa. La luz fluorescente que iluminaba el túnel, a aquella velocidad no era más que una luminosidad vaga, como una neblina

azulada que envolvía al vehículo.

El «Perforator» se deslizaba sin el menor ruido. El profesor no recordaba haber visto ninguna especie de raíles cuando observó la galería. Iba a preguntar a su compañero algo sobre aquello, cuando Hugo pareció adivinar sus intenciones.

—El «Perforator» se mueve a más de cincuenta centímetros de altura sobre el suelo de la galería, profesor. Este maravilloso aparato no necesita vía alguna para volar y moverse a esta velocidad. Se preguntará también, sin duda, por qué no nos estrellamos contra las paredes al dar las curvas. Es muy fácil de explicar. Habrá usted observado los dos mástiles metálicos que llevamos a proa. Son dos antenas de una nueva especie de radar que funciona a base de un mecanismo «Termosensible». La velocidad del «Perforator» engendra, naturalmente, una cierta cantidad de calor, producido por la fricción con el aire que contiene la galería. Pero, las paredes de esta están dotadas de un mecanismo que contiene constantemente una temperatura inferior a la del vehículo en el que nos movemos. Las antenas «informan» directamente al mecanismo de dirección, alejando el vehículo de cualquier lugar en el que la temperatura sea inferior a la producida por el frotamiento con el aire. Así, sin necesidad de volante, el aparato no corre jamás peligro de estrellarse contra las paredes del túnel.

Todo aquello iba demostrando a Komarow que su tesis era real. Los hombres que le habían salvado la vida, eran, sin duda, miembros de una organización muy poderosa y poseían una técnica completamente revolucionaria.

—¿Por qué llaman a este aparato «Perforator?

—Es todavía prematuro explicarle eso, profesor. Dentro de muy poco, todos nuestros misterios se desvanecerán ante sus ojos. Tenga un poco de paciencia…

Por el tiempo que llevaban marchando a aquella velocidad, debían de haber recorrido una larga distancia y, si como seguía observando el profesor, la pendiente seguía teniendo aproximadamente la misma inclinación, desde el principio, la profundidad alcanzada era, sencillamente, formidable.

Finalmente, al tiempo que la horizontalidad se hacía patente, el «Perforator» fue disminuyendo de velocidad hasta que, después de descubrir una amplia curva, se detuvo ante una pared blanca que

no podía ser otra cosa que el comienzo del hielo y, por ende, el final de la galería metálica.

El frenazo fue suave. El vehículo paró a muy poca distancia del muro de hielo en el que la luz fluorescente se reflejaba con tonos multicolores.

—Supongo —se aventuró Alexis— que aquí se ha acabado nuestro viaje.

Resnikow dejó escapar una risa breve y aguda.

—Está usted equivocado, profesor —repuso—. Por el contrario, es a partir de aquí cuando nuestro verdadero viaje va a empezar… —señaló el muro de hielo que, como un obstáculo impenetrable, ofrecía su compacta masa blanca ante ellos—. Ahora va usted a comprender el nombre que lleva nuestro aparato.

Oprimió un botón, sobre el complicado cuadro de mandos. Inmediatamente, las antenas del «termo-radar» desaparecieron como en un ensalmo.

—No las vamos a necesitar —explicó el piloto.

Después, manejando otra serie de palancas y botones, de diversos colores, debió de poner algún oculto mecanismo en marcha, ya que un murmullo apagado llegó a los oídos del sabio.

—El «Perforator» va a empezar su maravilloso trabajo —dijo Hugo—. Acabo de poner en marcha un aparato desintegrador que va conectado con el pico acerado de la proa del aparato. En realidad, ese pico no es más que un tubo hueco por el que, de aquí a algunos instantes, saldrá un chorro de energía térmica, de origen atómico. Proyectado con una fuerza formidable, el chorro desintegrador irá abriendo una galería en el hielo por el que nuestro vehículo pasará. Pero, como la fuerza del haz «térmico-atómico» es lanzada tres millas delante del «Perforator», este puede avanzar a toda velocidad… ¿Comprende?

—Perfectamente. El único detalle que se me encapa es lo que ocurre con el orificio que iremos dejando atrás.

—Nada más fácil de contestar. Apenas hayamos pasado, el hielo volverá a formarse, cerrando el túnel por el que hayamos atravesado el hielo. De todas formas no corremos peligro alguno de quedar encerrados. La potencia del «Perforator» es tan gigantesca que podíamos atravesar un continente entero de hielo sin necesidad de repostar la energía del aparato.

—Es maravilloso —murmuró el profesor—. La única cosa que no llego a explicarme es la utilidad de este viaje por hielo.

Otra vez la sonrisa de Resnikow entreabrió sus gruesos labios.

—No se precipite, profesor. Cada cosa vendrá en su momento. Además, ya no le falta tanto para saberlo todo… —hizo una pausa mientras se apoderaba del volante y tomando con la mano derecha una palanca que partía del eje de la rueda—: Prepárese, profesor. En un principio, lo mejor es que se mantenga sujeto a su asiento hasta que el «Perforator» se estabilice. Luego la cosa irá a maravilla…

Un rumor creciente se apoderó del aparato, que empezó a vibrar de una manera intensa. Komarow sintió que todo su cuerpo se movía al unísono de aquel espantoso vibrar y, por un momento, temió que su organismo no pudiese resistir la continuada violencia de las intermitentes sacudidas del aparato.

Afortunadamente, a los pocos minutos, la vibración cesó tan repentinamente como se había producido. Entonces, distendiéndose de placer, lanzó una ojeada por el parabrisas que cubría la parte anterior del aparato.

El espectáculo era, ciertamente, emocionante…

Un torbellino blanco, producto de la desintegración del hielo, rugía ante el «Perforator». Parecía como si el vehículo se lanzase en medio de una locura atómica, por un paraje en el que la materia y la energía no significaban ya absolutamente nada.

—Atravesamos ahora —explicó Resnikow— una capa iónica que es lo que resta de la desintegración del hielo. El oxígeno y el hidrógeno que forman el agua helada, están, en estos momentos, reducidos a una mínima expresión: a cargas eléctricas elementales que una capa magnética del «Perforator» rechaza constantemente hacia atrás… —consultó con una rápida mirada una especie de pantalla oscura en la que se veían cuatro puntos luminosos—. Estamos llegando —anunció—. Como verá usted; la orientación de estas dos profundidades debe hacerse con una «onda» especial que nos da la situación de unas masas eléctricas que hemos situado en diversos puntos para no perdernos en esta masa helada. Voy a parar…

En efecto, el aparato se detuvo y después de que Hugo hubo oprimido un botón, el motor desintegrador detuvo su vibración.

—Estamos —explicó— a una profundidad de tres kilómetros de la superficie.

Levantándose de su asiento, hizo bajar una palanca con un suave murmullo, un cuadro de cristal pulido, de cerca de un metro de lado, descendió, desprendiéndose del techo.

—Puede prepararse, profesor —dijo con una nueva sonrisa, más intensa que las anteriores—. Va usted a ver algo que muy pocos seres humanos han tenido el privilegio de contemplar. Un espectáculo que no olvidará jamás en su vida… —tocó la pantalla con un dedo, dándole un golpe—. Gracias al «tele-radar», podemos ver lo que nos rodea en una extensión de muchos miles de metros. Siéntese ahí, profesor. Voy a apagar las luces interiores del «Perforator» para que la visión sea lo más neta posible.

Una vez que la oscuridad se adueñó del interior del vehículo, el zumbido del «tele-radar» fue el único ruido que rompió el silencio que reinaba allí. Sin saber exactamente por qué, Alexis sintió que su voluntad flaqueaba, presa de una emoción que aumentaba por momentos.

Algo tan poderoso como una clara intuición le decía que lo que aparecería en la pantalla iba a ser una sorpresa indudable y demasiado grande para no emocionarle.

¿Qué podría haber allí, en el fondo de las capas heladas, que requiriese su presencia?

Una luz, débil al comienzo, empezó a fluctuar sobre el cristal pulido de la pantalla. A medida que la luz aumentaba con intensidad —al mismo tiempo que la ansiedad de Komarow— unas sombras gigantescas, se iban dibujando entre la claridad azulada del resto.

De repente…

La nitidez de las imágenes fue extraordinaria. Y el profesor, sin poder evitarlo, lanzó un grito ahogado que le salía del fondo de su alma de científico, al contemplar la maravilla que desfilaba ante sus desorbitados ojos.

Reposando entre las capas de hielo, desde hace millones de millones de años, los animales que habitaban aquellas lejanas épocas estaban allí, en un sueño casi eterno, aprisionados por los hielos que habían detenido sus existencias…

Con los ojos brillantes con una fiebre de emoción, Komarow no

cesaba de gritar extraños nombres al paso rápido de las imágenes.

—¡Triceratops!... ¡Iguanodones!... ¡Alosaurios!... ¡Brontosaurios!... ¡Diplodocus!

Era todo el pasado que desfilaba, en su callado cementerio de hielo ante el entusiasmado sabio. Los cuerpos de aquellos monstruos que habían aterrorizado a la propia tierra, estaban perfectamente conservados en el más formidable y gigantesco «frigorífico».

Durante millones y millones de años, sus cuerpos yacían en aquella especie de muerte invernal, como un tesoro paradójico.

A su lado, Hugo lanzaba rápidas y divertidas ojeadas a la pantalla. Pero, su atención estaba clavada en el rostro del sabio en el que se leía una admiración sin límites.

—Sí, profesor —exclamó con vehemencia—, ahí están por millones, en enormes manadas, esperando solamente su ciencia...

Alexis se volvió sorprendido...

—Comprendo —dijo con un hilo de voz—. Ustedes desean que yo...

—¡Eso mismo! —cortó el otro—. Nosotros deseamos darles la vida que perdieron hace mucho tiempo. ¡Esos son sus criaturas de ensayo, profesor! Están esperándole desde la Noche Turbia de lo Remoto. Y mientras usted venía... la fauna del pasado duerme.

V

LOS OBJETIVOS DE UNA PERIODISTA

Durante una semana entera, la hermosa Anna Stamonova realizó un áspero y desagradable trabajo. Pero, con la voluntad que la caracterizaba, llevó a cabo la labor que se había propuesto, sabiendo de antemano que no tenía otro camino para llegar al lugar al que se proponía.

Naturalmente, no comunicó a nadie, absolutamente, sus proyectos, ya que se había percatado que el «asunto Komarow», después de ocupar una actualidad exclusiva, había ido perdiendo el interés de un público al que no podía proporcionársele informe alguno que tuviese el menor tono de novedad.

Anna Stamonova había recorrido todos los lugares de Moscú en los que esperaba encontrar algunos indicios del paradero del Profesor. Disfrazada de mil formas distintas, se mezcló a la clase dudosa de la capital, atreviéndose a penetrar, no sin ciertos escrúpulos, en el sinuoso barrio de Godwno.

Indudablemente, hubo de llegar a la necesaria conclusión de que el profesor no se hallaba en Moscú. No obstante, al plantearse la consiguiente pregunta respecto al paradero del fugado, se encontró forzosamente ante algo muy fácil de explicar.

Fue entonces, después de creer firmemente en que el profesor había salido de Moscú, cuando, por una simple asociación de ideas, recordó la simpática imagen del general Palmer.

Inmediatamente y cuando con los ojos entornados y una sonrisa en los labios, materializó ante ella al americano, hubo de confesarse, una vez más, que se había enamorado loca y tontamente de aquel hombre.

Anna Stamonova no era de esas mujeres mojigatas que se

ruborizan ante el espejo, cuando confiesan sus tendencias amorosas hacia el Príncipe Azul que han entrevistado en el paseo. Anna, por el contrario, consideraba fríamente su situación, sin intención alguna de refugiarse en una histeria que la conduciría a la pérdida del apetito y, por ende, a la palidez demacrada que tanto agradaba a las jóvenes románticas.

—Lo que ha ocurrido —pensaba en voz alta— tenía que ocurrirme alguna vez. Será todo lo estúpido que se quiera, pero cada vez que pienso en ese «boy» americano, me entra frío. Esta es una reacción lo suficiente clara para que me dé cuenta que he cometido la idiotez de enamorarme. Ese hombre merece ser mi esposo y… lo será.

Permaneció unos minutos gozando, por anticipado, del combate amoroso que se disponía a entablar contra aquel personaje de la aviación americana. Luego, por una nueva asociación de ideas, volvió a sus preocupaciones anteriores concentrando, de nuevo, sus pensamientos, sobre el posible paradero del desaparecido profesor Komarow.

Desde luego, estaba dispuesta a no cejar hasta descubrir dónde se ocultaba el sabio fugitivo. Mientras seguía con los ojos entornados, saboreaba ya los grandes titulares de un reportaje que le haría definitivamente célebre en todo el mundo.

No cabía duda alguna de que, si Alexis había salido de Moscú, tenía que haber utilizado la vía aérea, ya que, desde el momento que se conoció su fuga, todos los caminos, fluviales y terrestres, estaban constantemente vigilados y nadie, absolutamente, hubiese podido atravesar aquellas barreras policíacas.

Era precisamente a causa de su idea de una huida por el aire por lo que había pensado en Richard Palmer. Se disponía, por lo tanto, hacerle la visita, cuya autorización había conseguido al llegar en avión de Nueva York.

Tomó un taxi que la condujo hasta la imponente escalinata del enorme edificio que ocupaban las Fuerzas Aéreas Estadounidenses, únicas encargadas de la vigilancia del cielo de Osteuropa, ya que la vigilancia terrestre y las organizaciones policíacas de Ocupación correspondían a las potencias occidentales.

Exhibiendo su carta de periodista, Anna Stamonova consiguió llegar al antedespacho del general Palmer. Al clavar sus ojos en la

puerta de cristal, tras la que se hallaba Richard, el corazón de la rusa empezó a latir bastante más deprisa que de costumbre.

«¡Este diablo de hombre me va a hacer perder el apetito!» pensó.

Esperó mucho tiempo, demasiado para calmar su impaciencia que crecía por instantes. Varias veces, levantándose decididamente de su asiento, se acercó a una de las secretarias que tecleaban las máquinas de escribir eléctricas, detrás de una pequeña barrera de madera.

—Señorita, ¿está usted segura que han pasado mi recado al general?

Invariablemente, la muchacha a la que se dirigió, pareciendo despertarse de un largo sueño, inquiría con voz monótona:

—¿De parte de quién, por favor?

—Anna Stamonova, del «World-Magazine».

—Un momento, por favor.

Y al cabo de un par de minutes.

—El general sigue muy ocupado. Lo siento, señorita Stamonova.

Hasta que perdió la paciencia. Levantándose, sacó la polvera, repasó cuidadosamente la línea de sus labios y, después de orientarse avanzó hacia una de las puertas que no estaban tan vigiladas como la del general. Sobre el cristal traslúcido de la puerta se leía en nombre de oficial.

Mayor W. L. Curtís

Sin detenerse ante la pequeña mesa de la secretaria, Anna golpeó decididamente el cristal traslúcido.

Una voz agradable se dejó oír desde el interior.

—¡Pase!

El mayor Curtis estaba cómodamente sentado tras una bella mesa de despacho en la que los papeles y documentos a estudiar brillaban por su ausencia. Al observar aquello, Anna estuvo segura de su triunfo.

El americano se levantó solícito, sin hacer nada para evitar la agradable sorpresa que le proporcionaba la inesperada aparición de una bella muchacha en su aburrido y desierto despacho.

Utilizando una de aquellas sonrisas que sabía infalibles, la periodista estrechó cálidamente la mano que le extendían.

—Buenos días, mayor. Acabo de hablar unos instantes con el general Palmer, y este me envía a usted para que me facilite unos

datos que deseo para un reportaje que estoy haciendo. El general estaba tan ocupado…

Curtis se apresuró a ofrecer un cómodo asiento a la joven, carcajeándose interiormente de la tremenda estupidez del general, al no dedicar un poco más de tiempo y atención a una muchacha tan extraordinariamente bella como aquella.

—Pregúnteme cuanto desee saber. Le daré toda clase de detalles, siempre —agregó con una sonrisa— que no sea un secreto militar…

—No tema nada, mayor Curtis —repuso Anna con un tono zalamero en la voz—. Jamás me atrevería a preguntarle nada que no fuese conveniente. En realidad, el general me ha autorizado a formularle la siguiente cuestión: ¿Podría indicarme si desde hace una veintena de días ha habido alguna salida no controlada en el espacio aéreo de Moscú?

W. L. Curtis pareció hundirse en una profunda meditación. En realidad, estaba pensando, mientras contemplaba la escultural belleza de la joven, en el grado de estupidez que alcanzaban las mentes de ciertos generales de la aviación estadounidense.

La respuesta a la pregunta de Anna Stamonova le acababa de hacer, la tenía en la punta de la lengua, ya que, como encargado de leer los partes emitidos por las estaciones de «radar», conocía detalladamente cuanto el sistema de exploración aérea detectaba.

—En ese período de tiempo a que usted alude, señorita, no se ha registrado salida alguna sin autorización. Solamente, y lo recuerdo por lo extraño que me pareció, el pasado día 22, una de las estaciones de «radar» registró la imagen de un punto que ascendía a gran velocidad. Luego se perdió de las pantallas… y no hemos vuelto a verle. El general explicó el fenómeno como procedente del campo de ensayos de proyectiles espaciales de San Petersburgo.

Ella volvió a martirizarle con otra sonrisa encantadora.

—No sabe lo que le agradezco sus preciosos informes, mayor Curtis. Puede estar seguro de que le mencionare como se merece en mi reportaje.

Él decidió lanzarse a fondo.

—Es usted muy amable, señorita… Ahora que recuerdo, ¡no me ha dicho su nombre!

—Anna Stamonova.

—¿Rusa?

—En efecto.

El otro lanzó un sonoro suspiro.

—No puede usted imaginarse lo que sentimos los americanos ante mujeres rusas. Es un contraste demasiado emocionante… A propósito, ¿es que sería posible que nos viésemos uno de estos días?

Ella hizo lo que pudo para que su sonrisa no expresase la realidad del fastidio que empezaba a sentir.

—Puede llamarme a la sucursal del «World-Magazine», el viernes, si le parece. Ahora he de marcharme, mayor Curtis.

Una vez fuera de aquel despacho, la joven lanzó un suspiro de satisfacción. Escapar de las garras de W. L. Curtis había sido un éxito. Pero la verdadera victoria fue lograr los datos del «radar».

El día 22 se había registrado aquella misteriosa trayectoria. El día 19, el profesor Komarow había desaparecido de su celda.

* * *

Con la popularidad que había alcanzado, Andrei Zukow vio que su vida se modificaba casi por completo, teniéndose que adaptar, lo más rápidamente posible, a las nuevas condiciones de existencia que se le imponían.

En un solo día recibió más de trescientas ofertas de trabajo y una cantidad respetable de rublos que le transformaban en un hombre bien vestido, repleto de entusiasmo y con medio millar de demandas de matrimonio en el bolsillo.

Cambió de domicilio, alojándose en unos nuevos departamentos del sur de la ciudad, en un barrio residencial y lleno de encanto. Muebles y ropas que le fueron inmediatamente ofrecidos por numerosas firmas comerciales, demandando pago, su actuación, durante breves minutos, ante las cámaras de la televisión.

Pero a pesar de todo aquel rotundo triunfo del inesperado lujo que le rodeaba y de la admiración de muchísimas mujeres, que le paraban en la calle para solicitarle tiernamente un autógrafo, Andrei no pudo lograr nunca olvidarse de su amiga del miserable barrio de Godwno, a la que no había vuelto a ver desde que descubrió el asunto del profesor criminal.

Movido por uno de esos misteriosos resortes humanos que, aparentemente, no pueden explicarse de una manera lógica, Andrei, en la primera ocasión que se le presentó, corrió a Godwno, donde el

único amor sincero que había conocido seguía esperándole.

¡Lo que es la popularidad!

Zukow había sido siempre un hombre observador, amante de fijarse hasta en los menores detalles de los lugares por los que paseaba. Pero desde que la gente le miraba, sonriéndole estúpidamente, en cualquier lugar en que se encontrase, Andrei caminaba deprisa o en taxi, sin osar levantar la mirada del suelo, haciéndose el distraído, para no tener que saludar, sin descanso, a los millones de aduladores que, durante seis semanas, habían visto su imagen en las pantallas de la televisión.

Aquel cambio de actitud fue el punto de partida de su absoluta y completa perdición…

Había escogido, para ir a ver a su amada, una hora propicia: el atardecer. Tomó un taxi en el centro de la ciudad y, hundiéndose en los dulces pensamientos que le inundaban, no se percató de que un coche gris, de gran potencia, seguía al vehículo que había tomado.

La promesa que Resnikow había hecho al profesor iba a cumplirse. Los hombres que formaban parte de la poderosa organización a la que pertenecía Hugo, cumplían inexorablemente sus venganzas.

Pero como la distracción no es solo un defecto de los sabios y de las personas populares, el hombre que pretendía asesinar a Andrei no se dio cuenta, a su vez, de que otro coche iba detrás del suyo. En fin, en aquel atardecer de confusas persecuciones, tampoco podía salvarse de la distracción una persona como Anna Stamonova.

La periodista había salido siguiendo a Zukow, En realidad, hacía unos días que le vigilaba, sin saber exactamente por qué. Para ella, aquello era una de sus célebres intuiciones, y aunque no tenía nada contra un ciudadano modelo como Zukow, algo le había impelido a seguirle.

Durante gran parte del camino, la presencia del coche gris molestó tremendamente a la joven. Con el parachoques pegado a la parte posterior del auto que la precedía, por pura casualidad, pudo seguir el camino que llevaba Andrei.

Ni por un solo momento pensó Anna en que aquel extraño coche estaba realizando la misma labor que el suyo, con la única diferencia de los fines y propósitos. Así, al llegar a la amplia avenida, hizo sonar bruscamente su claxon, adelantándose a ambos

coches y tomando la cabeza de la fila que formaban los tres.

Con los ojos fijos en el retrovisor, sonrió mientras pensaba satisfecha en su habilidad, ya que si el auto de Zukow se detenía, ella avanzaría un poco y dando la vuelta estaría de nuevo en disposición de seguirle.

Pero todo lo que ocurrió pasó tan precipitadamente que si no hubiese sido por la formidable memoria de la periodista, su pista se hubiera perdido, definitivamente, en aquel lugar.

Andrei había hecho parar el coche junto a los almacenes Sbonia. Como todo hombre enamorado, que se deja llevar por el romanticismo, Zukow deseaba recorrer el mismo camino que aquel día, ya lejano, en el que la esperaba delante de los transparentes soportales de plástico. El revivir aquellos emocionantes momentos, le harían, de ello estaba seguro, acrecentar el deseo de encontrarse junto a ella.

Pagó al conductor del taxi, empezando a caminar hacia los soportales. Anduvo muy poco. El fuego crepitante de la metralla del hombre del coche gris, le hizo brincar, al ritmo de los disparos, durante unos segundos. Luego, al cesar del fuego, como si los proyectiles le hubiesen sostenido, hasta entonces, se desplomó pesadamente en el suelo como un muñeco grotesco y desarticulado.

Anna Stamonova vio pasar el coche gris como una exhalación, rozando al suyo. Muerta de miedo, se afianzó al volante, temiendo que el otro la arrastrase en su loca carrera.

Al día siguiente, no le fue difícil encontrar al poseedor del coche cuya matrícula se había inscrito imborrablemente en su memoria, con una habilidad extraordinaria y utilizando nada más que taxis, para que aquel sórdido individuo no reconociese su coche, le siguió hasta uno de los más lujosos bares de la ciudad.

El hombre, después de lanzar una inquisitiva mirada alrededor, acudió a una mesa en la que le esperaba otro individuo, elegantemente vestido.

Anna, haciendo empleo de sus encantos, sentóse en una mesa vecina, poniéndose a fumar ostensiblemente y dirigiendo, de vez en cuando, explosivas miradas al hombre elegante.

La conversación que sostenían los dos hombres se desarrollaba en alemán, que hablaban con una rapidez extraordinaria. Pero, mientras Anna desarrollaba un falso plan de «conquistadora», no

perdía una sola palabra de lo que los hombres se decían.

Así pudo enterarse de la salida de un coche al día siguiente, desde uno de los barrios extremos de Moscú. No pudo comprender muy bien la destinación definitiva de aquel viaje. La palabra que lo expresaba no la había oído la joven en su vida.

Se levantó de la mesa antes de que los hombres lo hiciesen. Al pasar junto a ellos, sonrió ostensiblemente al más elegante.

Este esperó hasta que Anna salió del local. Luego, bajando la voz y expresándose por primera vez en ruso:

—Esa mujer la conozco, pero no me acuerdo bien de qué es. Me parece que ha estado escuchando toda nuestra conversación. Si mañana la ves rodar por el lugar de nuestra cita, no la dejes escapar… Estamos demasiado solos entre la nieve…

VI

EL DESPERTAR DEL PASADO

Komarow sintió una emoción sin límites al ir viendo, en la pantalla del «tele-radar», todo aquel maravilloso conjunto de seres que habían vivido, en su mayoría, mucho antes de que la especie humana soñase en aparecer sobre la tierra…

Reconocía casi todas las criaturas que iban apareciendo en la pantalla; pero algunas era la primera vez que las veía; jamás las había visto reproducidas en ningún libro de Geología. Eran, sin duda alguna, especies desconocidas para el Hombre.

Las últimas palabras de Hugo le habían sumido en un raro ensueño. Comprendía ahora los motivos que habían impulsado a sus «raptores» a salvarle de la horca y aunque no llegaba aún a vislumbrar la utilidad que aquellos hombres sacarían de todo ello, en el fondo, solo le importaba trabajar, esperando que cumpliesen después su palabra, proporcionándole criaturas humanas para poder proseguir su crucial experimento, única cosa que le importaba ciertamente.

Resnikow apagó la pantalla, encendiendo después la luz interna del «Perforator». Volviéndose al profesor:

—Ha llegado la hora de que usted sea presentado a nuestra asamblea. Allí, podrá conocer nuestras intenciones y lo que esperamos de su ciencia.

El fabuloso aparato tornó a trepidar intensamente, recorriendo, en sentido inverso, el camino que les había llevado hasta allí. Finalmente, atravesando la última capa de hielo, el «Perforator» desembocó en la galería iluminada en la que se detuvo unos instantes, mientras el piloto adaptaba, de nuevo, las antenas del «termo-radar» y el motor a reacción.

El viaje continuó durante bastante tiempo. Alexis pudo percatarse entonces que después de seguir la galería que habían tomado desde un principio, se desviaban a la izquierda por otra, tan amplia como la primera, cuya existencia había pasado inadvertida al profesor.

Cuando el «Perforator» se detuvo, en una especie de enorme «square» profusamente iluminado, en el que estaban aparcados gran número de aparatos semejantes al que había llevado el profesor.

Descendieron del vehículo y tomando una escalera metálica y brillante como todo lo que les rodeaba, atravesaron una puerta, que se abrió automáticamente ante ellos, desembocando en una sala de grandes dimensiones, en la que más de dos centenares de hombres, trabajaban intensamente sobre sus mesas de despacho.

Nadie pareció interesarse por la entrada de dos recién llegados. Hugo, que precedía al sabio, se abrió paso entre aquella enorme cantidad de mesas, atravesando la estancia de la que se levantaba un rumor de conversaciones apagadas y el ruido incesante de las máquinas eléctricas de calcular y escribir.

Komarow estaba sencillamente admirado. Cada vez que iba penetrando en los secretos de aquella poderosa organización, comprendía que había caído en manos de algo demasiado fuerte para no ser una potencia mundial.

Otra puerta se abrió ante Hugo. Esta vez, este se hizo a un lado para dejar paso al profesor.

La estancia en la que penetró Alexis era de no muy grandes dimensiones. Una mesa de despacho, descomunal en relación con la habitación, ocupaba la parte más profunda de esta. Sentados detrás de ella, cuatro hombres, de edad más bien avanzada, le miraban fijamente con un gesto de frialdad absoluta.

Alexis reconoció, en uno de ellos, el más joven, al hombre de ojos oblicuos que había visto en compañía de Resnikow, al despertarse después de haber sido sacado de la celda de los condenados a muerte.

Fue precisamente este el que le dirigió la palabra.

—Pase, pase, profesor, y tome asiento —luego, dirigiéndose a su acompañante—: ¿Ha visto ya todo?

Hugo asintió con la cabeza, antes de responder.

—Todo.

Komarow tomó dócilmente asiento en el lugar que le habían señalado. Luego, cruzándose de piernas, esperó a que le hablasen.

—El camarada Resnikow acaba de decirnos que ha visitado usted a toda nuestra fabulosa fauna que yace enterrada en el hielo. No dudo que habrá comprendido inmediatamente los motivos que nos empujaron a no dejarle matar por una justicia extranjera y que todos los rusos, al menos los mejores, odiamos con una fuerza insostenible. Antes de explicarle una serie de cosas que deseamos sepa, queremos que nos diga que el experimento para el que le hemos asociado a nosotros puede realizarse —hizo una pausa—. Deseamos hacer revivir a todos estos animales antediluvianos y creemos que usted posee la ciencia suficiente para hacerlo. ¿No es así?

Alexis tardó bastante en contestar.

—Mis trabajos han demostrado completamente que existen dos clases de vida: una de ellas, la que corrientemente existe, es, fundamentalmente de origen químico. Querer hacer algo semejante es completamente imposible. Nadie ha logrado hasta ahora crear ni la más pequeña célula. Es algo que, desdichadamente, escapa totalmente a nuestros medios científicos. Sin embargo, y solamente cuando la vida química deja de ser, es posible, si no se han producido destrucciones definitivas e irreversibles en los organismos, hacer que estos vuelvan a «vivir». Se logra así una corta existencia que, aunque es esencialmente distinta a la otra, se puede confundir con la verdadera. Todo está en mi descubrimiento de que la electricidad puede animar los tejidos «muertos» de una vida especial que también posee la verdadera. Porque, además de la vida «química», la electricidad juega un gran papel en nuestra existencia y es la base de la totalidad de los movimientos, puesto que los músculos se mueven eléctricamente… Yo he logrado hacer revivir a animales sacrificados por mis ayudantes que han seguido moviéndose, sin alimentarse, reaccionando solamente con electricidad, durante seis meses. Desdichadamente, no he logrado prolongar más la vida artificial que les había proporcionado. En cuanto a los seres humanos, no conseguí nunca más que una reacción vital de unos pocos minutos. Creo que habré de aplicar, en estos casos, una nueva fórmula que he de estudiar con detenimiento.

—No se preocupe, profesor —siguió diciendo el oriental—, lo que le hemos prometido lo cumpliremos hasta que usted no necesite más «sujetos humanos» para sus experiencias. Pero, por el momento, lo que nos interesa, es saber si podemos «despertar» a todos esos animales. Ha dicho que la «vida» eléctrica que podría darles duraría medio año. ¿No es así?

—En efecto.

—¡Es más que suficiente! Ahora, otra pregunta. ¿Si uno de esos animales, dotados de «vida eléctrica», es alcanzado por… digamos un disparo de un arma cualquiera, morirá, si es que podemos hablar así?

Komarow sonrió al interpretar el verdadero sentido de aquella pregunta.

—Puedo contestarle exactamente —dijo—. En nuestras experiencias, intentamos «volver a matar» a los animales que habíamos revivido. Cualquier herida, por grave que sea, no hace mella en ellos, porque, naturalmente, carecen de «vida» en el sentido que nosotros la comprendemos. Es necesario destruirlos totalmente para que dejen de existir.

—¡Maravilloso! Y, de nuevo, profesor, una última cuestión. Los animales con vida eléctrica, ¿pueden reproducirse?

—Sí, pero no muchas veces. También ese punto ha sido estudiado por nosotros. Solamente que las criaturas que resultan de tan extraordinaria unión, no llegan a vivir más que sus predecesores: unos seis meses. Pero, además, la fortaleza de los hijos es tremenda. Son, realmente, criaturas que podríamos llamar indestructibles. Personalmente, he visto a uno de esos animales, de padres de «vida eléctrica», seguir moviéndose y atacando, después de haberles decapitado y amputado las cuatro patas.

Hubo un silencio profundo en el que cada uno de los presentes temblaba, sin poderlo remediar, ante las terroríficas perspectivas que presentaba aquella ciencia demoníaca del profesor Komarow…

Finalmente, el hombre de los ojos oblicuos, sonrió nerviosamente:

—¡Es usted nuestro hombre, profesor! Y considero llegada la hora de poner, definitivamente, las cartas boca arriba. Se habrá preguntado quiénes somos nosotros. Ahí va la respuesta: desde que perdimos la Tercera Guerra Mundial, nosotros, la esencia de los

soviets, esperamos el momento del desquite. Hemos logrado escapar de la Policía de Ocupación, alejándonos de la zona europea de Rusia y encerrándonos aquí. El dinero y los medios no nos han faltado nunca… pero sí la fuerza de las estúpidas masas que se han vuelto, totalmente, hacia sus nuevos amos. Sin fuerzas vivas para expulsar de Rusia a las fuerzas de la contrarrevolución nuestra hora hubiese tardado siglos en producirse. Pero, ahora, al haber encontrado a esos monstruos, poseemos la más tremenda colección de aliados que se encargarán de limpiar toda Europa de enemigos…

Era un plan fantástico, descomunal y de una locura inconcebible. El propio profesor, para quien las vidas humanas no contaban, se estremeció, muy a pesar suyo, al imaginar lo que sería la estampida formidable de los animales antediluvianos por Europa.

—El camarada Resnikow estará completamente a su disposición. Todos los aparatos que necesite y cuantos ayudantes le sean necesarios, serán puestos a su disposición, inmediatamente. No hace falta que limite a usted en sus necesidades en ningún sentido; limítese a ordenar, nosotros le obedeceremos ciegamente.

Hugo le condujo a su apartamiento, cuyo lujo oriental llamó la atención del sabio. Una muchacha, su secretaria, empezó a tomar nota de las necesidades que fue formulando.

El mayor problema consistía en poder trabajar sobre varios millones de animales. Consultado a Hugo, este se ausentó durante un par de horas. Al regresar estaba radiante.

—Tenemos cerca de cinco millares de «Perforators» —dijo—. Si a usted le parece viable, podemos arrastrar cables para «tratar» a los animales en el sitio mismo en que se encuentran. Al mismo tiempo, nuestros equipos irán preparando las galerías por las que, una vez vivos, saldrán a la superficie. Ya hemos iniciado el trabajo de barreras para impedir que vayan hacia el Este, orientando su marcha hacia Europa.

—Me parece estupendo —repuso Alexis—. Pero lo que necesitamos en el momento que estén aquí los aparatos, es que me traigan uno de los animales para realizar los primeros ensayos.

—¿Necesita usted alguno en particular?

—No. Me es igual.

* * *

Las dos primeras semanas pasaron a gran velocidad. Ya al final de la primera, el profesor había conseguido montar un gigantesco aparato, mucho más grande del que poseía en Moscú y que le proporcionaría al mismo tiempo, más de diez mil «fases» de corriente «bioeléctrica». Pero impelido y contagiado por la prisa de sus asociados, preparó dos aparatos más, aún de mayor potencia, de forma para poder operar, al mismo tiempo, con cerca de cien mil animales.

Los preparativos para llevar a cabo aquella formidable «operación revividora» se desarrollaban velozmente. Sin que el profesor pudiese adivinar de dónde habían salido, miles de hombres trabajaban directa o indirectamente a sus órdenes, obedeciéndole ciegamente ante cualquier capricho, por extraño y raro que fuese.

Nuevas habitaciones, amplias y profusamente iluminadas, fueron cedidas a las crecientes necesidades de espacio de Alexis. Este vivía en una continua fiebre, deseando en su interior, acabar cuanto antes con aquel trabajo para poder proseguir sus estudios de la existencia «bioeléctrica» en los seres humanos.

Pero, sin percatarse claramente, se iba envenenando lentamente con el fabuloso proyecto del que era ya partícipe, deseando empezar a conocer las noticias que aquella invasión del Pasado produciría en Europa. Y es que, naturalmente, Komarow sentía un odio hacia aquella sociedad que había estado muy cerca de conseguir su muerte como la de cualquier vulgar criminal. Al menos, así pensaba, en aquella arrebatadora locura experimental que le había dominado desde sus años mozos.

Una de las mañanas fue agradablemente sorprendido, al ver, sobre la inmensa mesa de operaciones que había montado preparar, un enorme animal de dimensiones colosales.

¡Un iguanodón!

El monstruoso animal, una especie de canguro gigante, de más de siete metros de altura y de un peso que excedería, sin duda alguna, los dos mil kilos. La enorme cola, en su base, era mucho más gruesa que el cuerpo de tres hombres juntos.

Pensar en lo que podría hacer la descomunal fuerza de aquel animal, hacía estremecer…

Alexis quiso portarse amablemente con sus asociados, citándolos para que asistiesen al primer experimento. El siniestro «Presidium»

acogió la invitación del sabio con una alegría sincera.

Para la mayor precaución y desconociendo la primera reacción del animal, Komarow ordenó que se le pusiesen fuertes cadenas en las manos, las patas, y, sobre todo, en la cola. Parecía imposible que, por mucha fuerza que tuviese el animal, pudiese romper las descomunales cadenas que el profesor había hecho preparar a tal efecto.

Los miembros del «Presidium» ocupaban el lado extremo del quirófano. En sus ojos se leía la ansiedad con que esperaban el resultado de aquel experimento, del que dependía la victoria definitiva.

Con su inmaculada bata blanca, el profesor, ayudado por uno de los hombres que colaboraba, desde el principio, en su trabajo, había empezado a pelar la zona del descomunal cráneo del iguanodón, por donde debía penetrar la larga aguja que pendía del extremo del cable.

El silencio pesaba como una losa. Era tan intenso que se oía la respiración agitada de los que asistían a la experiencia. Por el contrario, el profesor Komarow, completamente absorto en la operación, solo se preocupaba de imaginar las misteriosas reacciones que las corrientes «bioeléctricas» desencadenarían en el pequeño cerebro del monstruo.

Era francamente maravilloso, para un hombre de ciencia, poder idear lo que se escondía bajo la pelambre de aquel ser descomunal que era, por el momento, el más gigantesco paciente que había operado el profesor. Imaginar lo que pasaría en aquella mente primitiva, más que primitiva, vieja y casi como la misma vida, era algo que podía compararse a la más extraordinaria aventura, por fantástica que fuese.

En aquellos remotos tiempos, cuando la Tierra bogaba por el espacio, monstruosamente salvaje, joven en todas sus reacciones, desmesurada en todas sus criaturas… ¿Cómo podrían pensar estas? Allí, debajo de aquella piel rugosa, de la que acababa de quitar el pelo, estaba la respuesta a mil preguntas que, desde siempre, se habían hecho los más célebres geólogos del mundo.

Sin el menor temblor en sus gestos, Alexis clavó la aguja después de darle eléctricamente un rapidísimo movimiento circular; de otro modo, jamás hubiese logrado trepanar el fuerte hueso del cráneo

del monstruo.

A medida que la corriente «bioeléctrica» penetraba en el interior del cerebro del iguanodón, el cuerpo de este iba coloreándose como si su espesa piel se fuera haciendo traslúcida. La fuerza de la energía que le penetraba, por todas partes, era, sencillamente, extraordinaria.

De repente, el gigantesco cuerpo del reptil inició un suave movimiento, como un balbuceo elemental, algo que hizo estremecer a la asistencia, cuyos rostros adquirieron una palidez extrema. Porque, lo que estaban viendo era, simplemente, fantástico.

¡El iguanodón había empezado a respirar!

Bajo la piel verdosa del reptil, el movimiento se iba haciendo más intenso, más frecuente, como si la vida, que había abandonado a aquel ser hacía millones de años volviese con un ímpetu irresistible, como un ansia ciega de materia, en una especie de demanda oscura de inmortalidad.

A partir de aquel momento, las cosas empezaron a precipitarse de manera inesperada.

Los miembros de la organización soviética abandonaron sus asientos, acercándose a la descomunal mesa de operaciones para poder seguir, desde más cerca, aquella maravillosa vuelta a la vida de uno de los fantásticos aliados, de los que esperaban la rotunda victoria con la que habían soñado.

Pero, antes que nadie se percatase de lo que ocurría, el iguanodón, se irguió, de su formidable estatura de siete metros y abriendo sus ojos, lanzó una mirada desprovista de sentido hacia el extraño mundo que le rodeaba.

¡Era la mirada del Pasado hacia el absurdo Presente! Toda la elemental memoria del monstruo estaba intentando «asociar» aquellas desconocidas imágenes que, de una manera tan misteriosa, habían aparecido ante él.

Fueron dos largos minutos, durante los cuales los hombres contemplaron en silencio la expresión imposible que tenían delante. También el iguanodón, desde la tremenda altura en que estaba situada su diminuta cabeza, no dejaba de mirar, intentando hallar una respuesta refleja a las imágenes que llegaban a su cerebro.

La reacción fue, sencillamente, brutal…

Incapaz de «comprender» nada de lo que le ocurría, el reptil se

enfureció. Todo, en total, pasó en menos de un minuto. Pero, para los hombres que estaban allí, maravillados ante aquella criatura del pasado, fueron dos minutos de terror inconcebible.

Encogiéndose sobre sí mismo, el iguanodón distendió repentinamente sus colosales músculos, deshaciendo las cadenas que le apresaban. Al mismo tiempo, su gigantesca cola se balanceó, como un péndulo enorme, golpeando furiosamente los muros que tenía tras él. El metal que les cubría se dobló como si hubiese sido una simple lata de hojalata.

Inmediatamente, el animal se lanzó contra las extrañas criaturas que gritaban histéricamente a su alrededor.

Todos los miembros del «Presidium» secreto se abalanzaron hacia la puerta, con los ojos desorbitados por el pánico. Apretándose los unos contra los otros, formaron desdichadamente una masa desordenada que no podía conseguir la salida de ninguno de los hombres que la formaban.

Las cortas manos delanteras del iguanodón buscaban ya los cuerpos de los hombres y su boca, armada de largos y afilados dientes, babeaba de anticipado placer ante el banquete que le presentaba.

Fue entonces, cuando todo podía considerarse perdido, cuando el profesor, tan aterrorizado como los demás, observó, mientras intentaba ocultarse detrás de su aparato, que el iguanodón seguía teniendo clavada en el cráneo la aguja en que terminaba uno de los cables.

Repentinamente, el miedo desapareció de su alma y, jugándose el todo por el todo, salió a terreno abierto, desafiando la fiereza de aquel monstruo.

El gigantesco reptil se detuvo un instante, mirando intensamente aquella extraña criatura que se atrevía a ponerse al alcance de sus garras. Con un rugido atroz, que conmovió el interior de la estancia como un espantoso trueno, se lanzó contra Alexis.

Pero este, que lo que deseaba era llegar al tablero de mandos de su aparato, lo había conseguido ya. Rápido como el rayo, maniobró el aumentador de la carga eléctrica llevándola al máximo.

En aquel instante, la bestia estaba ya junto a él.

En el momento en que las garras del iguanodón se adelantaban hacia el profesor, el monstruo se detuvo, irguiéndose de su

descomunal estatura como si acabase de ser atravesado por un rayo de muerte. Luego, al tiempo que un humo denso y maloliente se escapaba de su cuerpo, se derrumbó hacia atrás, destrozando todo lo que encontró a su paso.

VII

EL GENERAL PALMER SE SORPRENDE

Richard Palmer leyó, dos veces consecutivas, la carta que acababan de entregarle. Luego, al acabar su segunda lectura, llegó a la conclusión de que no se había enterado aún del sentido real de su contenido.

En realidad, las palabras, las frases, y hasta las letras de aquella extraordinaria misiva danzaban en su cabeza en un loco frenesí que atropellaba sus ideas de una manera caótica. Hubo cosas que le hicieron sonreír; unas veces con indulgencia y otras furiosamente. Pero, en general, el contenido de la carta parecía encerrar un aviso de peligro que no escapó al general. Decidiéndose analizar todo aquello un poco más despacio, empezó a leer, por tercera y definitiva vez, aquellas páginas escritas velozmente:

> «Querido general:
>
> »Ha de perdonarme que le robe unos minutos de su precioso tiempo. La última vez que intenté visitarle, después de haber sido invitada por usted, tuve la ocasión de saber que su tremendo trabajo le impedía atender a sus propios invitados. Todo ello me impele a aconsejarle que se cuide un poco más y trabaje un poco menos.
>
> »Pero abandonemos las frivolidades de uso corriente y pasemos a lo importante. He tenido la fortuna (perdóneme por el uso de una palabra que no utilizo más que en el sentido periodístico) de ser el único testigo del asesinato de nuestro héroe nacional, Andrei Zukow. Yo hubiese deseado

comunicarle los resultados de mis investigaciones; pero, como siempre, usted tenía demasiado trabajo.

»Por conversaciones oídas al hombre que mató a Zukow y a sus cómplices, he averiguado que se disponen a marchar hacia un punto de Siberia llamado Dickson, a lo largo del meridiano 80 y donde, si mal no recuerdo, existía, en otro tiempo de la URSS, una importante base aérea.

»Voy a dirigirme hacia allá, por mis propios medios o como sea. Mis obligaciones profesionales no me dejan otro camino posible. Ya sabe, pues, en qué lugar se encuentra una ciudadana de la nueva Osteuropa en peligro.

»Además, deseaba decirle, ya que usted no se ha decidido aún, que le quiero. Es la primera vez que digo esto a un hombre. Naturalmente, espero que la próxima vez que nos veamos sea usted, y no yo, quien se exprese de este modo.

»Suya cariñosamente,

Alina Stamonova»

Era muy difícil diagnosticar, aún después de la tercera lectura, si aquella carta era una broma pesada o la misiva sincera de una mujer que no tenía miedo a las palabras.

Afortunadamente para Anna, Palmer conocía la personalidad abierta que había regido siempre su conducta. Todo el mundo sabía que la joven periodista era una deliciosa muchacha, de la que brotaba un encanto que había hecho cometer muchas tonterías a los pretendientes a algo que no era más que el producto de sus calenturientas imaginaciones.

Dos o tres veces después de oír de boca de ciertas personalidades ciertas cosas nada eurítmicas, Stamonova había llevado aquellas conversaciones privadas a su periódico, despertando el regocijo en millones de lectores, al desenmascarar los términos vulgares —naturalmente, disfrazados con habilidad— en lo que se expresaban ciertos «picos de oro» de las Cámaras Alta o Baja.

Fue aquel alto y definido concepto que Richard tenía de la joven, lo que le decidió a considerar el mensaje, haciendo caso

omiso de la singular forma en que estaba redactado, como algo lo bastante importante para hacerle pasar a la acción lo antes posible.

Después de informarse de la fecha en que la joven había pasado a visitarle, logró averiguar que Anna había visitado a uno de sus ayudantes.

Cinco minutos más tarde el mayor Curtis entraba en su despacho.

—Siéntese, mayor. Deseo hacerle unas preguntas.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—¿Un cigarrillo?

—Muchas gracias, mi general.

Richard tosió, visiblemente contrariado de hablar de una mujer con uno de sus subalternos.

—Hace unos días —se decidió finalmente a lanzarse a fondo— tuvimos la visita de la señorita Anna Stamonova. ¿No es así?

Curtis guiñó un ojo, dejando escapar un silbido de admiración en honor de aquella esbelta figura que no había logrado, ni había intentado, arrancar del centro de su imaginación volcánica.

—¡Una mujer como he visto muy pocas, mi general!

Inmediatamente y sin saber exactamente por qué, Palmer se sintió molestado. Así fue como, con un tono áspero en la voz dijo:

—No le he hecho llamar, mayor Curtís, para escuchar una detallada descripción de lo que haya conseguido captar su admiración.

El otro acusó enseguida el golpe. Abandonando prestamente la posición que había adoptado en el sillón, se puso rígido, al menos todo lo que admitía el estar sentado.

—Sí, señor —repuso seriamente.

—Parece ser que esta señorita fue a verle.

—En efecto mi general.

—¿Puede saberse por qué motivo?

Curtis miró extrañado a su superior. Pero, considerándolo ya de una manera muy particular, en cuanto a la presencia y existencia de chicas bonitas, no llegó a alarmarse porque aquel hombre gélido hubiese olvidado, tan fácilmente, a Anna.

—Le explicaré lo que desea, señor —y, ante el gesto imperioso que sorprendió en el rostro del general, se apresuró a agregar—. Solicitaba datos sobre el control, por el «radar», de algún vuelo

extraoficial controlado por nosotros. Le hablé del caso 253-MM, tal y como usted había ordenado.

Palmer dio un salto en el sillón.

—¿Que yo había ordenado?

Curtis se sintió molesto. Empezaba a vislumbrar algo, sin poder aún precisarlo, que no iba a ser precisamente agradable para él. Pero, militar nato, prefirió arrostrar un castigo a mentir a un superior.

—Esa señorita se presentó a mí, diciéndome que usted la enviaba para que le facilitase datos sobre los vuelos de incógnito, no controlados por nosotros. Creyendo seguir instrucciones, le dije lo que pareció satisfacer su curiosidad de periodista. En ningún momento llegué a pensar que…

—Está bien, mayor Curtis. La señorita Stamonova se ha burlado de nosotros. Afortunadamente, la cosa no tiene mayor importancia… Puede retirarse, mayor.

—A sus órdenes, mi general.

Curtis salió de la estancia un tanto contrariado. Pero, inmediatamente que se encontró fuera de la vista de Palmer, sonrió con cierta alegría.

«A pesar de todo, la perdono. Es tan bonita que, francamente, lo merece», se dijo a sí mismo.

* * *

«Sin novedad en la zona de Dickson.»

El contenido de los otros mensajes era semejante:

«Volando a lo largo del meridiano 80. Sin novedad hasta el mar. Terrenos casi desiertos».

«Algunas “isbas” a lo largo de la costa helada, en las proximidades de Dickson. Aterrizado y comprobado que la mayoría están deshabitadas. Algunos indígenas miserables viven de pesca ártica».

«Ninguna actividad aérea en zona meridiano 80. Zona desértica, helada y deshabitada».

¿Se había equivocado de lugar geográfico la periodista?

Aquella era la pregunta que intrigaba a Richard. Porque, como pudo comprobar, inmediatamente después de recibir la carta de Anna esta había desaparecido de Moscú, tan misteriosamente que

parecía haberse esfumado en la niebla matinal del río.

Malhumorado, Palmer se decidió a alertar a la policía, procurándola todos los datos que poseía a excepción, naturalmente, de la carta de la muchacha…

Todas las investigaciones policíacas no condujeron a ninguna pista. Anna Stamonova había desaparecido de una manera teatral y definitiva.

Lentamente, el asunto de la desaparición de Anna fue pasando al olvido. Seis semanas después, los periódicos ya no la mencionaban apenas. El público, requerido por otros temas de mayor actualidad en los que verter su interés, perdió contacto con la fotografía de aquella muchacha rusa de extraordinaria belleza y que, de la noche a la mañana, había ido a engrosar las filas de las gentes de las que jamás se volvía a saber.

Pero la inevitable reacción del público no era, en forma alguna, la que torturaba fuertemente a Palmer. Cada minuto que pasaba, el americano estaba más convencido que detrás de la desaparición de la muchacha se ocultaba algo tremendamente peligroso, cuya existencia estaba fraguándose en algún desconocido punto de Siberia.

Personalmente, Richard había realizado algunos vuelos a la región del meridiano 80, hasta el punto señalado por Anna, con la esperanza de descubrir algo que hubiese podido pasar inadvertido a las patrullas que había enviado. Pero aquella región respondió, perfectamente, a la descripción somera y clara de los informes de sus hombres.

Anna debía de haberse equivocado de nombre. Por ello, Palmer miraba, a cada instante, el enorme mapa de Siberia, que ocupaba uno de los muros de su despacho, preguntándose incesantemente en qué lugar se encontraría la joven.

Que su interés por Anna se había convertido en algo más profundo, de ello Palmer no tenía duda alguna. Cada vez que la rememoraba, veíala sentada a su lado en el vehículo del aeropuerto de Moscú, sintiendo, al revivir aquellos instantes, una sensación de ternura que iba, desgraciadamente para él, aumentando incesantemente.

Cuando se cumplió el medio año, desde el día de la desaparición de la periodista, las cosas habían evolucionado de tal manera, que

en el propio corazón de Palmer la imagen de la joven no era más que un tierno recuerdo, desdibujado y vago por el tiempo, al que se sentía, eso sí, definitivamente atado.

Anna Stamonova fue sustituida, en Moscú, por un nuevo reportero, esta vez masculino, que hizo, sin lograrlo jamás, lo imposible por llegar a poseer la popularidad de que gozó su antecesora.

Y las cosas y los hombres siguieron su camino…

VIII

SE ESBOZA LA AMENAZA

Como un hormiguero de inédita blancura, en el corazón helado de la Base comunista, miles de hombres trabajaban afanosamente para hacer posible una quimera que les llenaba de esperanza.

Después de la tremenda escena en la que, gracias a la sangre fría del profesor, se evitó una tragedia que hubiese sido fatal para los conjurados, la marcha de los trabajos, bajo las órdenes de Alexis, se inició a un ritmo febril que demostraba palpablemente el deseo del «Presidium» de preparar y lanzar su diabólica ofensiva lo antes posible.

Mientras Komarow preparaba una serie de aparatos para reducir la duración de las intervenciones en los animales enterrados en el hielo, a un tiempo mínimo, una enorme cantidad de obreros, que habían sido reclutados durante años entre los comunistas que escaparon a la Justicia aliada, perforaban, ayudados por aquellos aparatos en forma de cigarro puro, medio centenar de gigantescas galerías destinadas a facilitar la salida de los monstruos antediluvianos, una vez que estos hubiesen recibido su dosis de corriente «bioeléctrica» facilitado por los aparatos del profesor.

Se había llegado a conseguir, por medio de un «contador electrónico», adaptado al «tele-radar», la cifra exacta de los animales que varios cataclismos geológicos habían enterrado entre la enorme capa de hielo que les servía de tumba.

Había muy cerca de los dos millones de seres, una colección que ningún Museo del mundo se hubiese atrevido a albergar; pero una masa de «aliados» iba a provocar con ellos el terror más gigantesco que las gentes sintieron desde la Tercera Guerra Mundial.

En su pensar interior, el mismo Alexis, que era, sin embargo, el

que más fríamente obraba, impelido mayormente por una conciencia científica, no faltaban instantes en que sintiese, como una premonición, las dimensiones colosales de la tragedia que sus máquinas eléctricas iban a desencadenar.

Pero, por fortuna para él, el sentido de sus experiencias no tenían más que un objetivo: lograr de sus fantásticos aliados la promesa de poder proseguir sus trabajos sobre seres humanos.

Era un ejemplo de la ciencia ciega, alejada de todo sentido humano, y, por ende, peligrosa como cualquier acción demoníaca que no mide nada por lograr su objetivo.

Se había dispuesto un gigantesco reducto blindado para proteger, mientras las bestias salían hacia el exterior, a todos los hombres que vivían en aquella Base, en la que el odio y la más baja de las venganzas eran la única bandera.

Por fin, el día «D» llegó para todos.

Gracias a un trabajo ímprobo, el profesor había logrado establecer una serie de conexiones, en los cables de sus potentes aparatos, para que el «despertar» se hiciese, al mismo tiempo, en todos los animales. Durante semanas y semanas, los obreros, por las galerías recién hechas, fueron llevando los finos hilos de cobre y hundiendo las agujas en los cráneos de las bestias del Pasado.

Nada importaba que un cierto porcentaje de aquellas «intervenciones» fuesen nulas y que los animales permaneciesen tan inmóviles como lo habían estado desde hacía millones de años.

Finalmente, el último equipo llegó a la ciudad subterránea. Las puertas de acero fueron cerradas y voladas, momentáneamente, las galerías que pudiesen ser utilizadas por los monstruos. Se creó así una formidable barrera de acero, reforzada por muchos metros de espesor de la capa de hielo que habían provocado las explosiones.

Dentro de aquella especie de ciudad fantástica, hundida en las profundidades heladas, los ambiciosos hombres de una secta que el mundo había creído borrar para siempre de la superficie de la tierra, esperaban ansiosamente, con los rostros casi pegados a las pantallas del «tele-radar», el prodigioso despertar del Pasado.

Se habían colocado una serie de aparatos receptores en sitios en los que no corrían peligro alguno, en el fondo y a la salida de las galerías, así como en algunos puntos elevados del exterior desde los que se podría contemplar panorámicamente, la estampida más

colosal de la Historia del Mundo.

El profesor, junto a los miembros del siniestro «Presidium», en el despacho del jefe de ojos oblicuos, manifestaban la misma impaciencia, concentrando sus miradas en la mano derecha del profesor que mantenía el interruptor general que desencadenaría el envío de la corriente «bioeléctrica» hacia los lejanos cerebros de los animales.

Alexis esperaba la señal del jefe.

Este, con los ojos clavados en el círculo de su cronógrafo, esperaba que la inquieta manecilla llegase a lo alto. Se había dispuesto una hora exacta que contaría, como una nueva Era, en la terrible época que aquellos hombres estaban dispuestos a hacer sufrir a los humanos.

—¡Diez segundos!

El hilo de la manecilla parecía coincidir con los latidos de los corazones. Los otros estaban cubiertos de una palidez angustiosa y los gestos nerviosos se manifestaban en mil movimientos distintos que contraían los músculos en inútiles esfuerzos de una potencia que no se necesitaba, en aquellos instantes, para nada.

—¡Cinco segundos!

Todo lo demás, en aquel diminuto espacio de tiempo, fue extraordinariamente rápido. Antes de que nadie se diese cuenta, el jefe había levantado la mano, sin poder llegar a pronunciar palabra alguna.

Por el contrario, Komarow, al tiempo que bajaba la palanca, hundiéndola con fuerza entre las dos láminas metálicas que establecían el contacto, dejó que sus labios pronunciasen una frase que comprendía la esencia de la maniobra que acaba de realizar.

—Ya no podemos retroceder.

Los minutos que siguieron formaron parte de un silencio que pesaba terriblemente sobre todos. En aquellos precisos instantes, las corrientes «bioeléctricas» estaban despertando, en los cerebros de las bestias del Pasado, una nueva vida falsa, ficticia, pero no por eso menos horrible que la que habían disfrutado en los albores de la vida…

Las pantallas del «tele-radar» se habían iluminado automáticamente, pero en su pulida y grisácea superficie, nada era visible aún, excepto en las que, colocadas al exterior, dejaban ver la

blanca superficie de la tierra helada, iluminada por un sol lejano y brumoso como si, conociendo por anticipado lo que iba a acontecer, huyese de la maldad de los hombres…

Podía bien ser así, ya que el astro, que había iluminado la lejana vida de los animales que iban a volver a la tierra, se horrorizase al contemplar un anacronismo que la mente más sentada no llegaría a comprender jamás.

Komarow había dispuesto que las agujas fueran mucho más finas que las utilizadas en sus primeras experiencias, así como los cables, para que los animales, una vez en movimiento, destrozasen fácilmente las unas y los otros, sin aparente molestia para ellos.

Mucho antes que las pantallas del «tele-radar» dejasen ver la menor cosa, una especie de trueno formidable pareció llegar desde las entrañas de la Tierra. Parecía como si una fuerza inaudita se despertase en el interior de los hielos, una de esas fuerzas geológicas que, de vez en cuando, muestran al orgulloso bípedo humano, la potencia tremenda de las cosas creadas.

El trueno fue en aumento hasta alcanzar una intensidad tal, que el recinto empezó a temblar fuertemente. Con los ojos clavados en el techo, viendo parpadear las luces indirectas, los hombres se sintieron presa de un pánico atroz.

Las llamadas, desde los otros puntos de la ciudad bajo los hielos, empezaron a llegar insistentemente a la sala de mandos en la que estaban el profesor y los otros.

Tremendamente pálido, el jefe se acercó a uno de los micrófonos que le comunicaban con el resto de la ciudad.

—¡No habrá piedad alguna para los cobardes! Lo que está ocurriendo, no significa riesgo alguno para nosotros. Una vez que los animales encuentren las galerías y se dirijan hacia el exterior, todos estos temblores cesarán como por ensalmo. Además, para que los timoratos se tranquilicen, el profesor va a hablaros de los motivos de esta especie de pequeño terremoto. De todas formas, ordeno a los secretarios de «célula» tomen buena nota de aquellos que no han sabido mantenerse a la altura de un hombre a quien no le interesa más que el triunfo de la causa.

Haciéndose a un lado, el jefe hizo una seña al profesor. Este, que no estaba preparado ni pensaba dirigirse a unos hombres que no le interesaban en absoluto, estuvo a punto de negarse. Pero, la

realidad de su estado de prisionero «invitado», le hizo tomar una senda más prudente.

—Amigos —empezó a decir—, no debéis alarmaros por lo que está ocurriendo y que tiene una fácil explicación. Los animales, de especies ciertamente antagónicas, al encontrarse frente a frente, han debido de iniciar una lucha horrible en la oscuridad. Este estado de cosas durará muy poco. En el momento en que los más inteligentes de entre ellos, se percaten de la existencia de la galería, toda la masa de bestias les seguirá hacia el exterior. Entonces, desde vuestras pantallas de «teleradar», podréis asistir a un espectáculo por cuya contemplación cualquier naturalista del mundo hubiese entregado toda su fortuna…

Se detuvo al ver, en la pantalla que tenía enfrente y que estaba conectada a un «visor» de galería, una negrísima masa que desfilaba rapidísimamente ante él.

No eran visibles los contornos preciosos de «aquello» que se movía pasando constantemente ante el «visor». Era algo espeluznante, impreciso, como una materia primaria que no poseyese aún el atributo tranquilizador de la forma.

—¡Ya salen, amigos míos! —gritó intentando hacerse oír por encima del gigantesco trueno que dominaba todo—. ¡Lo hemos logrado!

Pero, de repente, la tierra pareció estremecerse en un escalofrío último. Las luces se apagaron y un rumor de hundimiento, de catástrofe, se apoderó de la ciudad subterránea.

* * *

Para Anna Stamonova no hubo muchas posibilidades de escapar…

Mucho antes de que pudiese darse cuenta del lazo que le habían tendido, alguien le aplicó sobre el rostro un pañuelo embebido de una solución anestésica de gran potencia, hundiéndose en las sombras de un sueño profundo, sin haber llegado a ver el rostro de sus enemigos.

Los velos nebulosos que cruzaban densamente su conciencia, como espesas telas de araña que se interpusiesen entre ella y el exterior, se fueron disolviendo muy lentamente.

Antes de que lograse establecer un contacto efectivo con la

realidad, sus ideas le llevaron al recuerdo exacto de lo que había hecho hasta el instante en que fue atacada por la espalda. Gracias a aquella rememoración, estuvo en disposición de simular que su estado se prolongaba y darse exacta cuenta del lugar en el que se hallaba.

Para ella, apenas pudo ver lo «de afuera», entreabrió ligeramente los ojos, lanzando una primera mirada de orientación a su alrededor. Al mismo tiempo que las sensaciones ópticas se hacían posibles, su oído percibió un silbido estridente, mientras sus sentidos de equilibrio la comunicaban una especio de balanceo.

Todas aquellas sensaciones contribuyeron a que se percatase casi inmediatamente de que iba en un avión. Luego, a medida que se fue atreviendo a observar, con más detenimiento y detalle, lo que tenía ante ella, llegó a la conclusión de que todas las cosas, a pesar de todo, no iban lo mal que era de temer en un principio.

Principalmente, el no haber sido maniatada le daba una sensación de seguridad que no era de despreciar. Además, al abrir los ojos sin temor alguno, pudo darse cuenta de que sus únicos enemigos y, por lo tanto, los dos restantes tripulantes del avión, estaban cómodamente sentados ante el cuadro de pilotaje y a mil leguas de imaginar que la «prisionera» ya no lo era tanto.

Anna Stamonova no era una mujer tímida. Su profesión había desarrollado en ella un sentido realista de las cosas y una decisión que, sin verla personalmente, hubiese muy bien pasado por varonil.

Que sus raptores subestimaban a su presa, era algo claro. Si hubiesen tenido la menor idea de la clase de muchacha que era Anna, no habrían cometido el error de dejarla, sin atar, a sus espaldas.

Pero así solían ser los hombres, en general…

La periodista pensó un plan para demostrar a aquellos individuos que las cosas no le iban a pasar exactamente como pensaban ellos. Lentamente y como una pantera, fue irguiéndose, sin dejar de mirar la espalda de los dos hombres y dispuesta, si era preciso, a precipitar los acontecimientos en el sentido que fuese.

Pero no hubo lugar. Llegó a ponerse en pie, no tardando en descubrir una llave inglesa en la parte trasera de uno de los sillones que ocupaba, precisamente, el piloto.

Mujer práctica, antes de lanzarse definitivamente a la lucha,

Anna lanzó una rápida ojeada al avión para ver si correspondía a los modelos de propulsión atómica que ella sabía pilotar.

En efecto, el aparato, una de las crecientes creaciones de una importante factoría británica, era, en su serie, el de manejo más sencillo. Su simplicidad le había valido el gráfico nombre de «Meteor-Baby», y era utilizado en muchas casas comerciales y hasta como vehículo aéreo familiar que permitía excelentes viajes de fin de semana.

Acercándose sigilosamente por la espalda de los dos hombres que charlaban animosamente, a mil kilómetros de la amenaza que se cernía sobre ellos, Anna consiguió posarse fuertemente sobre sus pies para mantener el equilibrio mientras golpease a sus dos enemigos.

Calculando detalladamente qué clase de movimientos serían los más rápidos y eficaces para poner fuera de combate a ambos hombres, Anna golpeó el cráneo del que tenía a la izquierda, haciendo un rápido movimiento horizontal hacia la derecha para llegar, como lo hizo, hasta la sien del otro, que se desplomó tan rápidamente como el anterior.

El aparato no se movió siquiera y ella se percató enseguida de que los hombres habían conectado, para mayor seguridad, el «piloto automático».

Anna Stamonova no deseaba sufrir el peligro que ella había representado para los dos confiados enemigos. Así, después de desechar la idea de lanzarlos al espacio, cosa que no dejaban de merecer ciertamente, se proveyó de sólidas cuerdas, convirtiéndolos en dos paquetes que no lograrían, por muchos esfuerzos que realizasen, desatarse por sí mismos.

Por un momento, estuvo tentada de tomar personalmente el mando del avión y regresar inmediatamente a Moscú. Pero, la idea de que no lograría hallar el paradero del desaparecido profesor y, con ello, la posibilidad de perderse un maravilloso reportaje, la hizo desistir de sus lógicos propósitos.

Por otra parte, prefirió dejar el rumbo del aparato al «cerebro-electrónico», ya que, sin duda alguna, sus precedentes pilotos, lo habrían dispuesto para que les condujese directamente al punto al que deseaban ir.

Efectivamente, después de consultar los mapas electrónicos de a

bordo, la joven se dio cuenta de que el camino que seguía el avión era el que conducía directamente hacia la zona Norte del meridiano 80.

Cuando el aparato empezó a perder altura, Anna desconectó el «piloto automático», tomando personalmente el mando del aparato. No era tan estúpida como para dejarse ir dócilmente a la misma boca del lobo.

Al ver la costa, eligió un punto alto, sobre una planicie, para posarse. Pero, en el último instante, cuando se disponía a tomar tierra, el avión, hincó el «morro», chocando violentamente contra la superficie helada de la tierra.

Otra vez, tan bruscamente como la primera, Anna perdió el conocimiento. Pero, en esta ocasión, lo recuperó casi de inmediato, ya que el golpe sufrido por el aparato, que estaba ya en disposición de aterrizar en el momento del accidente, no fue tan violento como la joven había tenido, en el último instante, antes de perder consciencia.

Después de percatarse de que no había sufrido gran daño, salvo un dolor generalizado del cuerpo y algunas pequeñas contusiones en los brazos, Anna salió del avión, utilizando la apertura de un cristal que el golpe había reducido a polvo.

Recorrió el espacio de tierra que rodeaba al aparato, intentando vanamente orientarse, sin, naturalmente, lograrlo. La elevación en cuya ladera había caído, era la única que se elevaba por encima de aquella dilatada planicie que parecía extenderse hasta el infinito. La soledad se imponía, por sí misma, como una especie de angustia ante las incalculables distancias que la rodeaban por doquier.

Así empezó, para aquella intrépida muchacha, una larga aventura en un lugar aislado y del que le pareció que jamás lograría salir. Los dos primeros días, se ocupó de alimentar a los prisioneros. Pero, cuando al cabo de algunas noches los animales de la tundra empezaron a rondar el minúsculo campamento, obligando a Anna a buscar refugio en las altas rocas, después de apoderarse febrilmente de armas y provisiones, le fue completamente imposible acercarse al aparato.

La muerte de los dos bandidos que la habían raptado le causó una penosa impresión, ya que hubiese deseado hacer alguna cosa por evitar aquella tragedia. Pero, la imperiosa obligación que la

imponía su propio instinto de supervivencia, la hizo olvidar, ante los peligros que la acechaban, la merecida desaparición de los dos hombres.

Una de aquellas terribles jornadas, consiguió llegar hasta el avión; era una escapada emocionante; después de dejar tendidos en el hielo a varios animales que no se mostraban conformes con aquel paseo de su futura presa, se acercó en el interior de la carlinga, logrando, después de ímprobos esfuerzos, desmontar el aparato de radio que se llevó a las rocas junto a un pequeño grupo de baterías.

En lo alto de aquellas peñas, descubrió, desde el principio, una cueva de estrecha entrada que constituía un excelente refugio contra el asedio de las alimañas que no dejaban de rondar a su alrededor. Además, desde el interior de la gruta y debido a que su entrada se prolongaba hacia el techo, poseía un observatorio de primera desde el cual, además de observar una enorme cantidad de terreno, tenía ante sus ojos la casi totalidad del horizonte del cielo.

Desdichadamente para ella, las semanas se sucedían sin que ningún avión sobrevolase su refugio. Muchas veces, su ansiedad le había hecho oír ruido de motores y, a toda prisa, había puesto en marcha su aparato de radio, intentando vanamente comunicarse con algo que había brotado solamente de su imaginación desbocada.

Los alimentos que le quedaban en realidad eran algunas pastillas «bioestimulantes», que iban disminuyendo a pasos agigantados, a pesar del serio racionamiento a que se había sometido desde el principio.

Afortunadamente, el agua no le faltaba, ya que, con fuego, podía deshelar cuanto hielo quisiese, y el agua que resultaba de fundir la masa sólida poseía características formidables.

Así, valerosa a pesar de lo incierto de un futuro que no podía prever, dura contra los rigores de la temperatura y fiera como los animales que esperaban cualquier flaqueza suya, se mantuvo mucho tiempo, exactamente hasta aquella espantosa y alucinante mañana en que ante sus ojos, desorbitados por el terror, desfilaba la más espantosa estampida de seres que jamás pudo soñar.

Estremeciéndose de horror, temblando como si una fuerte fiebre se hubiese apoderado de ella, la joven contempló, como fascinada, el desfile de las más horrendas criaturas.

Durante un buen rato, se olvidó de todo y hasta su respiración, como los latidos de su corazón, disminuyeron al compás de su pánico.

Luego, cuando aquellos terribles pájaros que tenían garras como las fieras y dientes largos como los carniceros, se lanzaban sobre el lugar en que estaba situada la gruta, el espanto alcanzó límites insospechados.

VIII

UNA ESTAMPIDA DE PESADILLA

Después de la atroz y feroz lucha que habían mantenido en el interior de las galerías, al despertar de aquel sueño de miles de años, las bestias del Pasado, impelidas por sus primitivos y ciegos instintos, se lanzaron hacia el exterior, sintiendo la necesidad de los grandes espacios en los que habían vivido y luchado en otros tiempos.

Era una tumultuosa y tremenda masa zoológica, sin distinción de épocas, la que surgía por las enormes bocas de las galerías que los hombres habían preparado.

Al tomar contacto con el exterior, los ruidos más inverosímiles, los rugidos más espantosos, brotados de gargantas enormes o lanzados por los altavoces de las largas trompas, llenaron el ambiente de un trueno que debió de oírse a muchos cientos de kilómetros.

Era la fuerza de las cosas primeras, la voz de un remoto Pasado que, extrañado por su inusitada presencia sobre una Tierra desconocida, tronaba su íntima protesta salvaje a aquel resurgir que, hasta para la materia, era un terrible sacrilegio.

Toda la tremenda fauna de tres épocas distintas, en una mezcla que jamás bautizó la Naturaleza, corría sobre la helada superficie del suelo, dejando en pos las enormes huellas de sus gigantescas patas.

Destacaban, por la enormidad de sus dimensiones, los diplodocus, con sus treinta metros de longitud y sus diez de altura, moviendo su diminuta cabeza al final de un descomunal cuello que hacía juego armónico con una cola tremendamente larga.

¡Cien toneladas de masa que corrían velozmente, abriendo una

sangrienta brecha por donde pasaban!

Pero no eran ellos, a pesar de su tamaño, los más feroces. Los enormes diplodocus no eran más que gigantescos herbívoros, cuyo descomunal tamaño era lo que les prestaba un aspecto terrorífico.

Mucho más feroces, con su aspecto de imágenes de la más atroz pesadilla, los iguanodontes, como desmesurados canguros, daban saltos de medio centenar de metros, lanzando agudos gemidos. Los alosaurios, especie de ratas de seis metros de altura, dotados de una doble hilera de dientes cortantes, se abrían paso devorando todo lo que encontraban a su alrededor. Pero, por muy espantoso que aquello pareciese, había más todavía.

Con sus placas triangulares sobre la espalda, los ceratosaurios rugían como una desencadenada tormenta, clavando sus agudas defensas en los obstáculos que les impedían la marcha.

Quizás, entre aquella mezcla horrible de criaturas, que parecían haber salido de la imaginación de un poseso, los que se mantenían de una forma más lógica, unidos en inmensas, en interminables manadas, eran los colosales mamuts, que con sus congéneres los mastodontes, todos ellos elefantes primitivos, dotados de largos colmillos[2] enroscados, formaban una masa compacta contra la que nada podían los furiosos embates de los otros.

De vez en cuando, el grito terrible de uno de los más espeluznantes carniceros del plioceno, los megatheriums, avisaba de un cobarde ataque en el que muchas víctimas habían sufrido el terrible abrazo de aquella especie de gigantesco oso con rostro de pantera.

Pero, por si fuese poco, en aquel cuadro de horror, el cielo estaba cubierto por una espesa nube de extraños pájaros, de tremendas dimensiones, con alas de murciélago y dotados de un largo pico que dejaba ver la hilera de dientes que demostraban, a simple vista, su insaciable voracidad.

Eran los pteranodos, reptiles voladores que se dejaban caer, con suma frecuencia, sobre aquellos animales que no podían defenderse de sus agudas garras y de sus puntiagudos dientes.

A la vista de aquella estampida de aquelarre; de aquel desfile de horrores, el pánico hubiese paralizado a cualquier ser humano que lo hubiese presenciado.

Y así ocurrió, en efecto…

Cuando la horda del pasado se precipitó sobre las pequeñas aldeas que delimitaban la zona de las nieves eternas, formando la primera línea de la civilización, las gentes, en el poco espacio de tiempo que tuvieron antes de su fulminante muerte, creyeron vivir los últimos instantes de un final del mundo jamás anunciado.

De nada sirvieron las pobres barreras humanas que los más valientes intentaron oponer al paso de las bestias. Cuando estas atravesaron aquellos pequeños núcleos humanos, la tierra ofrecía un aspecto de lava removida por el paso de las enormes patas de los monstruos.

Quizá, como única muestra de lo que había existido, en las bocas de los animales que iban en cabeza, los restos sangrientos hubiesen podido servir de orientación macabra que demostrase que allí, instantes antes, había habido vida.

El jefe y sus hombres habían dispuesto, desde la llegada del profesor y por indicación de este, una serie de instalaciones de radiaciones magnéticas que impedían a los organismos eléctricos de los monstruos, que se desviasen hacia el este.

El camino estaba precisamente marcado de forma que la estampida fuese siempre hacia el este que, en aquella época de invierno y con los campos cubiertos de nieve, dejarían de extrañar a los animales que habían vivido y muerto en medio de los glaciares de las épocas remotas.

Obedientes, sin darse cuenta, al mecanismo enérgico que les hacía «vivir», las bestias del Pasado corrían hacia Europa y después de atravesar en tromba los pasos fáciles de los Urales, volcaron su terror por las tierras en las que habían vivido los zares.

Incapaces de reaccionar, las gentes caían sin poder avisar a su «retaguardia» de aquella inconcebible invasión. En realidad, el pánico les paralizaba ante la visión dantesca infernal llegada de seres que, casi en su totalidad, desconocían o cuyas imágenes, vistas en algunos libros, habían olvidado.

Tras el paso de aquel desfile de muerte, nada quedaba más que la tierra removida por millones de patas descomunales que llegaban a modificar la topografía de la región que atravesaban.

A medida que habían encontrado pitanza dócil, los animales dejaron de atacarse los unos a los otros, dedicándose a conseguir los mejores y primeros bocados de una alimentación que, los

contemporáneos del hombre primitivo, no habían olvidado aún.

En cuanto a los herbívoros, acostumbrados a una vegetación exuberante y de descomunal tamaño, destrozaban un arbusto de un bocado, quizá extrañados del cambio misterioso que se había producido en las plantas.

Nadie pudo dar la alarma de lo que estaba ocurriendo. Pero, a pesar de ello, las grandes poblaciones empezaron a extrañarse de la falta de noticias con ellas.

Creyeron que las tormentas de nieve habían destrozado las líneas eléctricas y telefónicas, y las patrullas partieron hacia el este, pero, ninguna de ellas, regresó jamás.

La gran amenaza pasó así inadvertida, contribuyendo la ignorancia oficial a que unos cuantos millones de seres dejaran de existir.

Aunque, desgraciadamente para la humanidad, aquello no era más que el principio…

En el último instante y, cuando ya sentía el batir de aquellas alas membranosas y la corriente de aire que impulsaba su movimiento rítmico, Anna, antes de adentrarse en el fondo más angosto de la gruta, tuvo la presencia de ánimo de apoderarse, sin detener su huida, de algunas previsiones junto a una cantimplora llena de agua.

Así era Anna Stamonova, una muchacha cuyo cerebro contribuía enormemente a que no se encontrase a merced de los acontecimientos como hubiese ocurrido a la inmensa mayoría de los seres humanos.

Sin embargo, no por lo que acababa de hacer se llegó a considerar a salvo. En el breve espacio de tiempo en que logró entrever a los monstruos voladores que se precipitaban sobre ella, no consiguió distinguirlos con nitidez y, por lo tanto, ignoraba si el lugar en que pensaba resguardarse, estaría fuera del alcance de aquellas criaturas de pesadilla.

Mientras penetraba en las anfractuosidades de la roca, llegó a ella el clamor de toda aquella estampida, sintiéndose, como las bases de la colina, bajo la gruta, temblaban como si amenazasen destrozarse, hundiéndose las montañas como en aquellos tiempos en que habían vivido aquellos monstruos.

Por intuición, y cuando se halló en la parte más profunda de la

gruta, sintiendo sobre su carne la dolorosa caricia de la roca, tan estrecho era aquel pasadizo, sabía que las armas que había quitado a sus raptores y que llevaba aún en la cintura, después de haberse servido para alejar a los animales de la tundra, no le servirían para nada frente a las bestias del Pasado.

Dos gigantescos pteranodones habían logrado penetrar en la primera parte de la gruta y lanzando horrorosos gritos, batían sus formidables alas de murciélagos, mientras con sus enormes picos, destrozaban y arrancaban pedazos de roca.

Mucho antes de la cabeza, en la parte más gruesa de aquel horrendo pico, tan ancho como un torso humano, dos enormes ojos, enclavados en sendas órbitas óseas, de forma elíptica y que hacían aún más grandes los ojos del monstruo, penetró profundamente entre las rocas, llegando a menos de un metro del rostro de la muchacha.

La vista de aquella desmesurada boca, con la doble hilera de agudos dientes, en los extremos de las mandíbulas que se abrían y cerraban con un sonido formidable, formaban un espectáculo escalofriante que los nervios de Anna no pudieron soportar.

La joven, al perder el sentido, cayó, afortunadamente, hacia atrás. No obstante, nunca llegó a saber cuán cerca estuvo de la más repugnante de las muertes.

El agudo y largo pico del pteranodón rozó sus cabellos más de una vez, mientras los ojos brillaban de un ansia inconcebible. Luego, quizás fatigado y viendo que aquella presa estaba definitivamente fuera de su alcance, el reptil volador, retrocedió empujando a sus compañeros que, en la parte más ancha de la gruta, esperaban, sin duda, el reparto de la pitanza.

Con un grito agudo, el que salía les indicó que no había nada que hacer. Entonces, salvajemente y con un odio tremendo en sus diminutos cerebros, los reptiles se lanzaron, al unísono, contra su compañero, devorándole por completo en pocos instantes.

* * *

Fue el piloto de un «Cargo» a reacción, de la línea Tokio-Moscú, la primera persona que, directamente, sorprendió la marcha de la estampida.

Desde ocho mil metros de altura, al ver simplemente una

enorme masa oscura sobre la blancura inmaculada de la tundra, lo tomó al principio, por un bosque, creyendo que había desviado, sin darse cuenta, la ruta.

Después de consultar los planos y el rumbo, empezó a extrañarse de ser la primera vez que aquella mancha aparecía en una región que conocía perfectamente. No era tampoco, ni mucho menos, la época del deshielo en que solían aparecer manchas semejantes, pero de forma menos concreta que la que parecía deslizarse bajo el aparato.

Fijándose mejor, le pareció ver que «aquello» se movía, como un río de negrura que corriese inopinadamente hacia la capital.

De momento se limitó a seguir observando aquella inmensa línea negra que se extendía en una longitud de muchos kilómetros y que, por lo que estaba observando, parecía no acabarse jamás.

Fue al pasar por un lugar en el que sin duda debía haber habido una importante aglomeración urbana, cuando sintió, por vez primera, una inquietud que no dejó de intensificarse a medida a que la desaparición del primer poblado sucedió la de muchos.

Por un instante, pensó que se trataba de un ejército que se hubiese levantado en armas y lanzado a una lucha contra Occidente. El recuerdo de la última guerra, que conocía indirectamente, le hizo estremecer. Luego, haciéndose cargo de la importancia que tendría una información concreta de su parte, para las desprevenidas fuerzas armadas de Moscú, inició un descenso con el propósito de ver de cerca los componentes de aquella masa misteriosa.

Mientras hacía que el aparato fuese perdiendo altura, pensó que lo más lógico sería establecer contacto inmediato con la Base, ya que si, como pensaba, se trataba de un ejército enemigo, no tardarían en establecer una barrera de proyectiles «tele-dirigidos» que acabarían con el avión en pocos instantes.

Movido de aquella medida de precaución, detuvo el descenso del «Cargo», manteniéndolo a unos seis mil metros de altura. Instantes después, había conseguido establecer contacto con la Base aérea de Moscú.

—«Aquí, Boronow, de la Sexta Escuadrilla de "Cargos” de la línea Tokio-Moscú, en su viaje de regreso. Tomen mi situación, por favor. Hay algo muy importante que comunicar…»

—Base de Moscú, captada llamada. Tomamos situación. Diga…

—Me encuentro en la altura exacta en la que debía de hallarse Gorkii…

—¿Acaso Gorkii ha desaparecido? —el tono de la voz de su interlocutor tenía un tono zumbón.

—Escuche bien y no haga comentarios estúpidos. Hace cerca de treinta minutos que estoy sobrevolando una mancha oscura, de diez millas de anchura y de una longitud que se pierde en el horizonte, que se dirige a Moscú. Voy a descender más para averiguar de qué se trata. Pero he preferido llamarles antes por si me ocurriese alguna cosa.

Al otro lado del espacio, el burlón pareció arrepentirse del tono que había utilizado en su última frase.

—Perdone por lo de antes… y tenga mucho cuidado. Si se trata de alguna banda armada, procure no ponerse al alcance de sus armas y regresar enseguida. En caso de que la carga de su aparato dificultase su marcha… ¡delátese!

—Está bien. Voy a bajar y le iré diciendo cuanto vea…

Durante unos largos segundos, el telefonista de la Base de Moscú esperó ansiosamente las noticias. Ya, por medio de un aparato automático, había prevenido a las autoridades militares y el propio general Palmer, desde la Comandancia Aérea de los Estados Unidos, estaba escuchando, por una conexión especial, las palabras del lejano piloto que estaba ensayando de ver claro aquel problema.

De repente, una exclamación que poseía un tono de terror y sorpresa al mismo tiempo, se dejó oír en los altavoces de la Comandancia Aérea.

—¡Es imposible, Dios mío!

Palmer, que había requerido a la Base la comunicación directa con el piloto del «Cargo», acercó sus labios al micrófono.

—¿Qué pasa muchacho? Tranquilízate. Soy el general Palmer…

—A sus órdenes, señor. Debo de estar volviéndome loco…

—Habla, muchacho. Dinos todo lo que ves y no te lances tontamente a un peligro. ¿De qué se trata?

—¡Son monstruos, señor! Monstruos fantásticos, enormes, gigantescos, que se dirigen hacia Moscú. Hay millones, mi general.

Palmer se mordió los labios. Durante un instante la duda le asaltó que aquel piloto estuviese, en efecto, al borde de la

demencia. Pero, algo extraño se había apoderado de Richard. Sin saber por qué, la imagen de Anna, desaparecida en la inmensa Siberia, acudió a su mente. Quizá se hallase allí la explicación…

—¿Qué ves ahora? —indagó, con voz autoritaria.

Sabía que la emoción era capaz de sellar los labios del piloto, echando por tierra una información preciosa.

Una voz de criatura aterrorizada se dejó oír.

—Vuelo a unos quinientos metros de altura, mi general. Ahora puedo ver perfectamente a estos monstruos. Son muy raros. Unos parecen elefantes enormes con los colmillos retorcidos… Otros… ¡Es horroroso…!

—¿Otros, qué? —insistió Palmer.

—Son lagartos, señor; lagartos de más de diez metros de largo.

Un grito horripilante brotó inesperadamente del altavoz. Richard sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Qué pasa…? ¿Qué te ocurre, muchacho? ¡Responde… es una orden!

—¡Me atacan, mi general! Son pájaros enormes, con alas de murciélago y provistos de dientes. Se han pegado a mi avión, señor, y no puedo dominarlo. Ahora han roto el «plexi» de mi cabina… ¡Voy a morir mi general…! ¡Socorro!

Oyóse, entonces, una especie de graznido monstruoso que hizo vibrar fuertemente el micrófono. Luego, el silencio total.

Levantándose de su asiento, Palmer, extremadamente pálido, se acercó a su mesa de despacho, en la que oprimió un botón rojo. Momentos después, la puerta se abría, dando paso a todo el Estado Mayor.

—Señores —empezó a decir el general—, un peligro desconocido nos amenaza. Deseo que inmediatamente, seis escuadrillas de cazas, dotadas de proyectiles cohetes de cobalto, salgan en dirección este para que reconozcan y ataquen una formación de animales que avanza hacia Moscú. Por el momento, no puedo darles más detalles. Por el contrario, espero ansiosamente sus informaciones. ¡Pueden disponer, señores!

* * *

Como flechas plateadas, los aviones de las escuadrillas enviadas por el general surcaban el espacio a una velocidad fantástica.

Manteniéndose en constante contacto con la Base y con Palmer, los pilotos, aunque intentaban disimularlo, miraban con inquietud hacia la superficie blanca que se extendía ante ellos.

No tardaron mucho en descubrir la vanguardia formidable de las bestias del Pasado. Durante unos instantes, fatales para muchos de ellos, permanecieron atrapados fuertemente por la sorpresa, olvidándose de todo.

Aquellos, que se dejaron sobrecoger por el fantástico espectáculo de los animales antediluvianos, se introdujeron sin darse cuenta, en el área donde reinaban los pteranodones. Por miles, los repugnantes reptiles voladores formaron, alrededor de los aviones, una barrera imposible de atravesar.

Momentos más tarde, ocho aparatos caían al suelo. Pero, mucho antes, los monstruosos pájaros habían perforado la pared del «plexi» de las cabinas y sus largos picos estaban ornados con los cuerpos de los aviadores que se disputaban, a pedazos, en un salvaje afán de llevarse la mejor parte.

Con un sentimiento de odio y de rabia atroces, los compañeros de aquellos desdichados se lanzaron al más furioso ataque que habían visto aquellas superficies heladas.

Los cohetes de cobalto hendieron el aire como flechas ígneas, rasgando el espacio en un impresionante siseo. Al explotar contra el suelo, las cargas nucleares levantaron azules llamas en las que se consumían aquellos monstruos, mientras los reptiles voladores eran atacados con las ametralladoras sincronizadas…

Pero, ante el horror de los que contemplaban lo imposible, un espectáculo increíble apareció una vez que la humareda de las explosiones hubo desaparecido.

Terriblemente mutilados, aquellos monstruos proseguían su avance en condiciones que se oponían a la razón. Muchos de ellos, sin cabeza, seguían corriendo entre sus compañeros que, el uno sin patas y los otros igualmente faltos de algún miembro, se arrastraban penosamente hasta que eran aplastados por la masa ciega de los demás.

En el aire, ocurría algo similar.

Las balas de las ametralladoras habían destrozado algunos de aquellos repugnantes reptiles voladores. Sin embargo, muchos reducidos a una uniforme masa, de la que brotaban dos trozos de

pequeñas y desgarradas alas, seguían volando torpemente e intentaban, con su largo cuello sin cabeza, buscar aún los aviones para luchar contra ellos.

Agotadas las municiones, los aparatos que quedaban de las seis escuadrillas tornaron velozmente hacia la Base.

Cuando los pilotos bajaron de sus carlingas, muchos de ellos se habían vuelto locos, mientras otros, de nervios más templados, habían encanecido por completo en los breves minutos que transcurrieron desde su marcha.

Palmer hubo de esperar pacientemente que aquellos pobres muchachos se serenasen, para conseguir una información más clara que los monosílabos que habían conseguido extraer de ellos.

Afortunadamente, las cámaras cinematográficas habían funcionado en algunos casos y ante los ojos desorbitados de los miembros del Estado Mayor aparecieron, por vez primera, las espeluznantes imágenes de las bestias del pasado, que avanzaban inexorablemente hacia Moscú.

A medida que las películas iban pasando, el espectáculo parecía haber salido de las páginas de un libro de Geología, en estampas vividas, alucinantes, disparatadas, como una extraña y fantástica pesadilla.

La realidad golpeó brutalmente las mentes de aquellos hombres, cuyos razonamientos, se negaban, a pesar de lo que veían, a creer que todo aquello fuera posible. Sin embargo allí estaban las monstruosas criaturas de otras épocas, en plena estampida, formando un conjunto fantástico y haciendo cada vez más pequeña la distancia que les separaba de Moscú.

—Hay que hacer algo —dijo uno de ellos.

Todos estaban de acuerdo en que se necesitaba pasar inmediatamente a la acción. Palmer, como responsable principal, estaba haciendo trabajar intensamente a su cerebro para encontrar con la mayor premura un plan plausible.

—Hemos de informar rápidamente a nuestros aliados. Usted, mayor Curtis, se ocupará de prevenir a las Delegaciones de Ocupación Europea. Ellos poseen una cantidad suficiente de divisiones motorizadas para poder formar una barrera de acero, hasta que, en el peor de los casos, sea necesario la evacuación de la ciudad. Sin embargo, lo más arduo de la misión que el destino está

imponiéndonos, recae sobre nosotros. La aviación es la única arma que puede frenar esa manada de pesadilla. Por ahora, no poseo aún elementos para enjuiciar lógicamente lo que ocurre. Sin embargo, presumo que todo este asunto está ligado a la desaparición del profesor Komarow.

Una reacción espontánea de asombro acudió a todos los presentes. Casi todo el mundo había olvidado a aquel nefasto hombre de ciencia que fue sorprendido en el momento en que realizaba sus diabólicas experiencias con seres humanos, capturados por sus dos acólitos.

La reunión empezó, a partir de aquel instante, con una frecuencia extraordinaria. Además, de los planetas superiores de las potencias de ocupación, las autoridades civiles de Moscú fueron puestas en antecedentes y, bajo palabra de honor, prometieron no dejar que nada de lo que se hablara allí saliese a la corriente pública. Era necesario, pasase lo que pasase, evitar el pánico de la población ante aquel monstruoso ataque.

—Señores —dijo el general Palmer, para cerrar las reuniones—. Me doy perfectamente cuenta del papel que incumbe a las fuerzas de mi mando. Antes de ninguna otra, ha de ser la aviación la que intente, con toda su potencia, deshacer la amenaza que se cierne sobre el mundo civilizado. Si los monstruos engendros de épocas remotas lograsen atravesar Rusia, tras destrozarla, Europa entera caería bajo sus formidables garras y se organizaría una huida que habría de ser finalmente fatal para la aviación occidental. Además —y esta es pregunta fundamental que nos acosa—: ¿Quién está detrás de esta rebelión del Pasado? ¿Qué fuerzas malditas han violado el secreto de los milenios, lanzando estos animales contra nosotros? La respuesta está al otro lado de la masa de animales, que en estos instantes, se acerca a Moscú. Esa respuesta, la necesitamos lo antes posible para que el peso de la ley internacional, caiga con toda su fuerza y con todo su peso, sobre las diabólicas mentes que han osado perturbar la paz mundial. Yo me despido de todos ustedes, pues deseo ponerme a la cabeza de mis fuerzas aéreas. Espero que logremos vencer y que Dios nos ayudará en esta formidable empresa. ¡Buena suerte para todos!

IX

LA LUCHA

El cielo negreaba al paso de los mil aparatos que mandaba el general Palmer. Las experiencias de las primeras escuadrillas enviadas contra las bestias del Pasado habían obligado a Richard a adaptarse a una táctica, para evitar que los terribles reptiles voladores pudiesen repetir su hazaña, destrozando los aparatos.

Pero además, en el íntimo de su corazón, Palmer ocultaba un segundo plan que consistía en que, una vez que pudiese convencerse de que la operación contra los animales antediluviales iba en buen camino, se alejaría con su aparato hacia Siberia para intentar resolver el misterio que ocultaba detrás de la horrible estampida.

A diez mil metros de altura, los aviones cruzaban el espacio con sus entrañas metálicas repletas de bombas de cobalto. La idea predominante del plan del general, no era la de repetir el ataque como sus hombres lo habían hecho la primera vez. Deseaba por el contrario, crear, delante de los animales la más formidable barrera que haya existido jamás. Toda la potencia explosiva de las bombas que llevaba, caería, al mismo tiempo, sobre la vanguardia de las bestias del Pasado.

Era imposible, debido a la enorme longitud de la formación de animales, pensar en aniquilarlos todos, ya que hubiese sido necesario una mayor cantidad de medios, de los que la aviación en Moscú no disponía.

Ya que la estampida era como una ciega corriente de agua, la creación de un dique de fuego y de destrucción podría lograr desviar aquel torrente fantástico y, aún más y, como pensaba Palmer, hacerlo cambiar totalmente de sentido, dirigiéndolo hacia

las inmensas extensiones deshabitadas de Siberia, donde podrían ser destrozados con mayor tranquilidad.

A la vista, desde aquella fenomenal altura que llevaban, de aquella especie de río cuyo curso alcanzaba hasta donde el horizonte parecía chocar con la nieve, Palmer no pudo evitar un estremecimiento de horror. La anchura de aquella tremenda formación debía de seguir teniendo cerca de los diez kilómetros.

—¡Atención todos…! ¡Atención todos…! He aquí a nuestros enemigos. Que todos los jefes de escuadrilla se ciñan a cumplir estrictamente las instrucciones del Plan B. Conviene bombardear la vanguardia de esos monstruos, en un cuadrado, cuyo lado tenga aproximadamente, media docena de millas. El lanzamiento se hará por colimator y a tres mil metros de altura. Inmediatamente los grupos se reunirán a once mil pies, hasta recuperar la formación correcta.

La enorme masa de aviones giró, velozmente para alcanzar el punto de lanzamiento. Allá abajo, miles de miles de cabezas extrañas, de fauces abiertas, de ojos brillantes, intentaron vislumbrar el origen de aquel monumental trueno que venía de los aires.

—¡Lancen!

Un silbido imponente, que hacía ya temblar la tierra, llenó el espacio como el maullido de millones de sirenas de alarma. Abriéndose camino en el aire, las puntiagudas bombas, brillantes como rayos de sol, recorrieron vertiginosamente la distancia que les separaba del suelo.

Luego…

Las propias aeronaves de Palmer, ya a gran altura, se sintieron impelidas por una especie de furiosa tromba de aire que venía de abajo. Al mismo tiempo, la luz del sol palideció, ante los cien mil soles que acababan de encenderse sobre la Tierra.

Con toda seguridad no habría ningún punto del globo, por lejano que estuviese, que no hubiese sentido la vibración de la explosión nuclear más potente de todos los tiempos.

Durante cerca de una hora, hasta qué los «hongos» producidos por las reacciones nucleares no hubieran desaparecido, la enorme escuadra aérea de Palmer siguió volando en grandes círculos por encima del lugar en que se habían producido las explosiones.

Finalmente, cuando la atmósfera empezó a hacerse más limpia, disolviéndose en el aire la nubosidad formada, un espectáculo dantesco apareció ante los ojos de los aviadores.

La brecha que había originado la suma de las explosiones atómicas poseía una profundidad abismal. Cientos y cientos de metros de una oscuridad penetrante parecía ir en busca de las entrañas de la tierra.

En una gran extensión de terreno, toda huella de los animales antediluvianos había desaparecido por completo. Allá lejos, no obstante, las bestias del Pasado continuaban avanzando hacia el lugar en que miles de seres del pretérito acababan de penetrar por segunda vez, esta definitiva…

Palmer dio orden de establecer una vigilancia estrecha sobre los animales que proseguían su marcha hacia el oeste. Lo que le extrañaba extraordinariamente era la «serenidad» absurda de aquellos seres. Cualquier otra clase de animales, al hallarse cerca o lejos de unas explosiones tan espantosas como las que se habían producido, hubiesen huido despavoridos desparramándose hacia mil distintas direcciones.

Richard llegó a preguntarse si aquellas criaturas, arrancadas a un pasado que se perdía en la niebla del tiempo, estaban realmente vivas. ¿Cómo se movían, luchaban y devoraban?

Era algo que no llegaba a concebir, por muchos esfuerzos que hiciese.

Finalmente, la colosal estampida llegó hasta el borde del abismo. Algunos animales se precipitaron hacia el fondo, empujados, sin duda, por el impulso general de los que venían detrás.

Pero, muy pronto, una especie de frenazo corrió a lo largo de aquellas deformes gibas, de aquellas monstruosas cabezas y la larga hilera se detuvo, prestando a los observadores de los aparatos, que habían descendido bastante más, un espectáculo inolvidable.

¿Qué iba a ocurrir ahora…?

Por encima del siseante rumor de los motores atómicos de las astronaves, un murmullo gigantesco subía desde la masa multicolor de los animales. Nerviosamente, se movían, pateaban la helada superficie del suelo o lanzaban al aire los escandalosos y múltiples sonidos de sus poderosas gargantas.

Permanecían así bastante tiempo. Luego, al unísono, la cabeza

de la formación giró en sentido contrario, volviéndose, inequívocamente, hacia el lugar de donde habían venido.

Algo así como si en el interior de los cerebros de los animales, se hubiese dictaminado la vuelta a los hielos, tras el fracaso que, en su desconocido y vago propósito, habían tenido.

Palmer, después de dar instrucciones concretas a sus hombres, se lanzó con su aparato en la dirección que seguía la manada. Muy pronto la veloz flecha plateada de su avión, dejó atrás la vanguardia de aquella gigantesca estampida que regresaba mansamente hacia el silencio del Pasado.

* * *

Anna estaba segura que la muerte la rondaba ya…

Su debilidad había llegado a tal límite, que se consideraba incapaz de levantarse de la incómoda posición en que se hallaba ya varios días. La sola idea de que aquel pajarraco repugnante volviese a mostrar su alucinante rostro por entre las rocas, la había obligado, loca de terror, a no osar hacer el menor movimiento que la sacase del estrecho embudo en el que se hallaba.

Ahora, con una gota de agua en la cantimplora y sin alimentos hacía incontables horas, esperaba el lógico final a aquella aventura a la que se había lanzado con la plena seguridad del triunfo. Pero la vida también era un final preparado para cada uno…

Cuando su atormentada mente se concentraba en la idea de la muerte, había algo en el interior de sí, un resorte particularmente fuerte, en comparación con el estado exhaustivo general que la aplanaba. Aquella fuerza interna era como una íntima protesta a una muerte que no llegaba a comprender como una cosa lógica, como un «algo» necesariamente presente en el camino de su destino.

En medio del silencio que reinaba por doquier, el aparato de radio, que había logrado salvar en los últimos momentos que precedieron a la llegada de los monstruos, seguía a su lado. Ni una sola vez se había creído obligada a utilizarlo, ya que el alcance de aquella pequeña emisora, no llegaría jamás a atravesar la inmensa soledad que la rodeaba.

Los días y las noches habían pasado ante ella, como un monótono cambio de luz y oscuridad de la poca que llegaba al

interior de aquella gruta. Pero, el concepto del tiempo transcurrido, había perdido por completo toda significación para ella.

¡La muerte!

Era triste tener que volver siempre a la idea de su propia destrucción, cuando el espíritu seguía proyectando el deseo sobre su futuro. Pero, aquella especie de revancha que la mente se tomaba sobre la realidad, era, quizás, el producto de un instinto de conservación profundamente anclado en los jóvenes.

Naturalmente, y al principio, cuando un rumor apagado por la distancia llegó a sus oídos, la esperanza se abrió paso en su alma con el ímpetu de un torrente impetuoso que nada podía detener. Luego, cuando el rumor, después de juguetear en el límite de lo audible, en el que las sensaciones se confunden fácilmente con nuestros propios deseos, la negrura de su situación volvió a apoderarse de golpe de su maltratado espíritu.

Un tanto más tarde, el rumor de un motor de avión volvía a dejarse oír. Anna intentó vanamente ponerse en pie. Sus anquilosados miembros se negaron de una forma rotunda a hacer el menor movimiento. Una desesperación que tenía algo de locura se apoderó de ella. Y fue, precisamente, en su último esfuerzo, cuando su espíritu práctico tomó las riendas de sus decisiones, que sus ojos se fijaron en la pequeña emisora.

Los S.O.S. fueron lanzados con precipitación al éter. Una nueva esperanza se apoderó de ella, mientras sus oídos acumulaban toda la atención de su ser.

Los segundos que transcurrieron hasta la llegada de la respuesta, tuvieron para ella una longitud secular.

—Oigo perfectamente su llamada de auxilio… Oigo perfectamente… Indique situación exacta. No veo más que nieve…

—Estoy en una cueva en la parte alta de la única colina. No puedo moverme. Me llamo Anna Stamonova.

El auricular vibró con una intensidad inaudita.

—¡Anna…! ¡Soy Palmer!

Ella creyó soñar. Luego, incapaz de resistir a la tensión nerviosa de toda aquella maravilla, se desplomó junto a la emisora, sin conocimiento.

Para el general, el aterrizaje, no lejos de la altura, fue algo sumamente rápido. Diez minutos después, tras haber recorrido

detenidamente la cima helada, descubría la entrada de la cueva.

Pero, antes de entrar, sus ojos se clavaron en las monstruosas huellas que las consecutivas nevadas no habían hecho desaparecer. Comprendió entonces que, por aquellos lugares, había pasado la estampida de las bestias del Pasado.

—¡Pobrecilla! —exclamó con un estremecimiento, al pensar en el horrible peligro que había pasado la muchacha.

Cuando Anna recobró el conocimiento se hallaba ya en la cabina del avión del general. A lo lejos, una especie de trueno de intensidad creciente, se dejaba ya oír.

—¿Qué es eso? —inquirió ella.

—Son los monstruos, que regresan —repuso el americano.

Ella se estremeció, apareciendo en sus pupilas una luz de horror. Pero Richard supo ahogar a tiempo el grito de espanto que pugnaba por brotar de la garganta de la joven.

Y, para lograrlo, utilizó un método infalible: sus labios se posaron en los de ella hasta que, en los ojos de Anna, hubieron desaparecido definitivamente todas las sombras de terror.

EPÍLOGO

DESDE la catástrofe provocada por el terremoto promovido por la salida de los animales a la superficie de la tierra, el jefe, sus hombres y el profesor, únicos supervivientes, se habían instalado sobre el hielo y habían montado allí una especie de barraca que fueron haciendo cada vez más cómoda.

Lentamente, lograron salvar algunos preciosos utensilios, sobre todo un aparato de radio que necesitaban para poder seguir el curso de los acontecimientos en la parte del mundo al que habían dirigido su demoníaco ataque.

El jefe, a pesar de todo lo ocurrido, estaba contento. Esperaba que muy pronto, en el momento oportuno y tal como había quedado señalado, sus cómplices de la India, viniesen a buscarle para realizar la quimera que les abrazaba el corazón.

Había quedado de acuerdo con sus aliados del Indostán que en el preciso instante en que Moscú fuese dominado, una serie de aviones especiales llevarían a los «triunfadores» a la ciudad en ruinas…

Por su lado, Komarow seguía pensando en que pronto y con un poco de suerte, tornaría a realizar sus experiencias con seres humanos para tratarlos con sus corrientes «bioeléctricas».

Los días allí, en el diminuto campamento, se pasaban al lado de la radio, y cuando las noches de «cierta amenaza» empezaron a llegar, aquellos siniestros individuos se frotaron las manos con satisfacción.

—Están «camuflando» la verdad —opinó el jefe—. Pero pronto no podrán ocultar que son incapaces de detener a nuestros «aliados».

Así pasó el tiempo hasta que una mañana…

La tierra pareció temblar bajo sus pies. Era como un trueno lejano, que fuese aumentando de intensidad paulatinamente. No hicieron caso alguno, limitándose a mirar al cielo por si se trataba de aviones.

Pero, a medida que el rumor se iba convirtiendo en una vibración intensa de la tierra, sus rostros fueron perdiendo las muestras de seguridad, tomando un tono de palidez que, por último y cuando descubrieron la realidad, competía con la blancura de la nieve.

—¡Vuelven!

—¡Son ellos!

—¡Los monstruos!

—¡Doctor, haga algo para detenerlos!

—¡Sí, sí, profesor, sálvenos!

Pero Alexis era bien incapaz de hacer algo. Tan pálido como les otros, miraba con ojos hipnotizados la vuelta de las criaturas que había arrancado al sagrado silencio de los milenios. Muy tarde ya, se percató de que había llegado demasiado lejos y que una Justicia, con la que no había contado, le devolvía ahora toda la maldad que había puesto en sus experiencias.

Aterrados, fueron retrocediendo hasta que las aguas heladas les cortaron la retirada. Allí, en la orilla, con los ojos desmesuradamente abiertos, vieron acercarse, como una visión de otro mundo, la fabulosa estampida del Pasado que volvía, inexorablemente, a morir y a reposar en el mismo lugar en el que la locura de los hombres había osado perturbar su sueño de muerte.

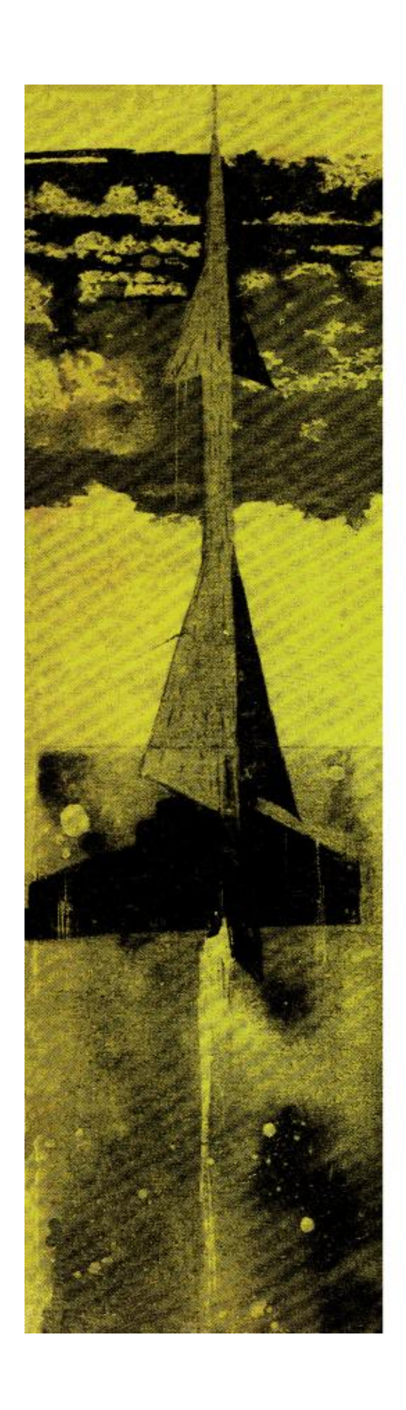


¿QUIÉN ES… SUZUKI?

SUZUKI

es el misterioso héroe oriental
creado por
Jean-Pierre Conty
y que
Ediciones Toray ofrece en exclusiva al público
español en su nueva colección

ESPIONAJE



Próximo número:

El control
del tiempo
y de la
Humanidad
en un simple
péndulo.

EL PÉNDULO
DEL TIEMPO
Clark Carrados

Precio: 9 ptas.

NOTAS

[1] El estudio del alma rusa, asociado indudablemente al de la música polifónica, ha demostrado la real identidad entre la inmensidad de los espacios rusos y ese nihilismo que parece empapar el espíritu de los eslavos. El sentido del «nitchevo», el «qué más da» español, está íntimamente unido al destino fatalista que impregna profundamente el alma eslava.

[2] En realidad, las defensas de los proboscídeos son los incisivos.